

A woman is shown in profile, looking out over a vast body of water towards a bright sunset. The sky is filled with soft, golden light, and the horizon line is visible in the distance. The woman's hair is dark and pulled back, and she is wearing a dark, lace-trimmed top with a red and black patterned fabric draped over her shoulder. The overall mood is contemplative and serene.

Siete velas

Clarisa Ozores

Siete velas

Clarisa Ozores

2018

Fotografía de la cubierta realizada por Yohann Legrand,
(<https://www.flickr.com/photos/ylegrand/>), (modificada)

Nerea acababa de llegar a casa. A casa, a la fiesta. A la celebración de ese cumpleaños deslustrado, tibio y pálido, porque era el primero desde la muerte de la abuela. Esa tarde, después de la comida, Jorge se sentaría con una preciosa tarta delante, la tarta de la abuela, con sus siete velas una tras otra. Arderían con esa llama fina y delgada que deshacía la cera, que arrojaba pedacitos rojos, azules y blancos sobre la tarta. Tanto trabajo para comerla después repleta de cachos de cera, sucia y pegajosa. Pero eso era inevitable, porque se paraban a sacar fotos antes de ponerse a cantar. El niño sonreía a su tenue tributo, y los demás disparaban fotos y fotos que después se perdían, que después nadie volvía a consultar, quizás únicamente su madre, en cuyo caso era suficiente que esta misma fuese la única en enfocar e inmortalizar ese momento en el que todos se sentían un poco tristes. Porque donde estaba antes el sitio de la abuela, coronando un extremo de la mesa, había ahora un jarrón lleno de flores. Tenía unas flores blancas, rosas, parecían camelias, aunque a Julia se le daban fatal las flores. Las flores, las plantas en general. No entendería jamás la diferencia entre una camelia y un clavel. Sólo una diferencia quizás contextual, como una serie de adornos que podían rodear a una o a otra y que nacían directamente de otras cuestiones, de construcciones humanas que nada tenían que ver con el mundo vegetal, como esa novela de prosa fácil y rápida, que se le había caído de las manos con una mueca de desilusión, porque el apellido paterno le había sugerido interminables delicias que allí no había encontrado.

Sí, podía distinguir algo por su nombre, debido a los matices que esos mismos nombres le sugerían. Pero del hecho en sí, del ser como tal y sus formas y aromas, no podía rescatar nada. Así, miraba el jarrón repleto de flores, el jarrón gris con dibujos azules de stampa asiática, diría japonesa, china, pero también aquí se encontraría en un aprieto semejante al de las flores. Y era lo que estaba haciendo, con sus ojos redondos y muy castaños, asumir la presencia de ese jarrón desbordante de colores que ahora sustituían la rubia cabeza de la abuela, que presenciaban ese primer cumpleaños lejos de la familia, con manos de hojas y tallos sumergidos en agua, un agua que ya estaría sucia, llena de esas partículas oscuras que desprendían aquellos seres casi muertos, arrancados de la tierra, de las ramas de sus árboles, pendiendo de la vida con el mismo equilibrio con el que sus pies se sorteaban unos a otros para beber un poco de ese líquido. ¿Cómo sería alimentarse de él? Alimentarse del jugo mismo de sus poros verdes. Porque ese charco oscuro, velado por los contornos que superaban los menudos hombros de la abuela, tendría ya la esencia misma de sus huéspedes. No sería un agua normal, no, un agua en el que sumergir el rostro y limpiarlo, sino que olería a naturaleza, como el olor de esos charcos que había en el monte, charcos y no regatos, porque los regatos fluían poco a poco, descendían como diademas surcadas de barro, y en su propio serpenteo había algo saludable, dulce, vivo. Los charcos se estancaban y recibían cuanto allí quisieran ofrecerle, gotas de lluvia, huellas ajenas, filamentos de hierbas — aquí flores— que se precipitaban sobre su sucia frente.

Se había quedado mirando ese jarrón, sentada ya a la mesa repleta de platos y copas, de servilletas y cubiertos, y no sabría decir si había pensado en algo o no. Si esas sensaciones del agua habían sido producidas por su razón, por el divagar de aquel instante largo y tedioso entre los preparativos y la comida como tal, o si habían surgido en ella por una reacción puramente sensual, bien, como un perfume que estallaba y en el cual no tenía más remedio que pensar, observarlo, porque acababa de deslizarse sobre su nariz y había entrado en su mente sin poder dar

siquiera su consentimiento.

Fue entonces cuando Nerea cruzó la puerta, la joven Nerea seguida de su padre y su novia. Julia levantó los ojos, los apartó de aquel objeto que la consumía y le sugería mil escenas para evitar esa silla irremediamente vacía. Nerea fue hasta ella y la saludó con un beso, con el beso sincero de la adolescente que todavía tiene un poco de niña, de la niña palpitante y fresca, recién desplegada ante el mundo, que sin embargo va adquiriendo muescas de otros mundos, esos que distorsionarían su sana mirada, sus ojos limpios y brillantes y aquellos dientes cruzados de alambre. A Julia le producía cierta desazón verla así, entrando con su padre y su novia recortando aquella figura, ella, que siempre había gozado de una estabilidad magnífica, de una estabilidad tranquila y apacible, diseñada exactamente para su desarrollo, para su crecimiento vigoroso y lleno de luces, esos chasquidos con los que cada año le daban unos centímetros más de altura.

Nerea, su prima pequeña, había vivido circunstancias muy distintas. Estúpidamente, absurdamente, había alcanzado la vida, la libertad de su cuerpo diminuto y rosado, cuando el hogar que debía ocupar ya había sido destruido, roto, separado. Cuando el fórceps la arrancó del seno materno, porque había sido un parto terriblemente complicado, sus padres ya se habían declarado la guerra, ya se habían odiado hasta la extenuación, en el mismo momento en el que el fruto de su unión asomaba su cabeza sucia y desamparada, uno de los dos había hecho las maletas y se había ido para siempre. Nueve horas después, quizás diez, la madre abandonaría ese sitio con aquel retoño en brazos, con la criatura débil, necesitada de infinitas atenciones, para irse a la casa que había comprado para ella, para ella y su familia entera, la cual no había soportado siquiera los pocos meses del embarazo. Había abandonado el hospital con unas mallas negras, con una camiseta ligera de pleno verano, que enmarcaba sus abundantes y nuevos pechos atiborrados de leche, del alimento que ella misma creaba para ese ser, su hija, su hija, igual que crearía todas las demás circunstancias que necesitaba, su cuna caliente en pleno mes de agosto, sus desvelos nocturnos para atender aquellos llantos histéricos y muy agudos, ingentes cantidades de paciencia para que no se enterase, al menos demasiado pronto, de cuánto aborrecía a su padre. La imagen de esa mujer larguirucha y empapada ante su puerta, la compañera de trabajo que había ido hasta allí para presentarse a una persona que no conocía, pero que respetaba por ser mujer misma, aunque la otra, siendo también mujer, había perdido para ella toda la consideración. No, ésa no era mujer, no lo era, era harpía y veneno, era desperdicio social, tumor imparable, hambriento, malditamente hambriento. Por eso se había presentado allí, con una historia horrible pero que le escocía la garganta, sin saber las consecuencias de su monólogo, de su espantosa noticia que iba a rasgar la bella crisálida en la que se encerraba esa embarazada, la del hogar feliz y el matrimonio bien avenida, sí, el matrimonio joven a punto de ser padres, a punto de alumbrar una vida, una vida que también tocaría con su historia, con su destartalada historia que ya le quemaba las manos.

Nerea llegó y besó a su prima Julia, y ésta se levantó para recibir a su tío y a su novia, a esas personas que no sabían nada del desgarró de un parto, porque cuando éste se producía habían estado el uno en brazos del otro, él consolando la furia de su mujer que ya no era su mujer, ella ambicionando la semilla de aquellos interminables coqueteos, de aquellas caricias accidentales que había diseñado durante dos años, dos largos años mirando y buscando, atacando, ganando, al fin. Por eso Julia la besó con cierto reparo, igual un poco confusa por las vibrantes imágenes de aquel florero —a ratos lo amaba y a ratos sentía la necesidad de romperlo—, sí, con un reparo extraño, que acudía a su pecho inflado y maduro de una manera tardía, de una manera trastornada,

al triste espectáculo de Nerea cruzando la puerta delante de la pareja, porque todo eso había sucedido cuando ella era muy joven, poco más que una niña, si Nerea tenía ahora catorce años ahora, cuando ella tenía dieciséis. Recibió su saludo también distante, porque ella, Paula, la otra, inevitablemente la otra, se pintaba los labios y no quería estropearlos. Así no se rozaban, se acercaban y ninguna tocaba a la otra, ni a Julia ni a nadie, a ninguna de las mujeres de esa familia que no era la suya, que tampoco quería serlo, que la toleraba por una armonía inquieta, tenebrosa, por el respeto a las vidas adultas ajenas a pesar de que todas opinasen lo mismo. Esa Paula de labios pintados, a la que le había pagado copas durante las noches mientras su esposa, la que sí se había incrustado en la familia como una más, se acostaba para soportar mejor el peso de su vientre, mientras se levantaba a comer cereales especiales, porque todo su organismo se había trastocado, porque toda ella se había desordenado para dar su cuerpo mismo a esa vida que se formaba, una vida por la cual habría hecho cualquier cosa, caerse de sueño y comer fibra y no comer muchas otras cosas, soportar horribles incomodidades y noches dolorosas, sin postura, terriblemente oscuras, esas otras donde su marido, el padre de esa vida que ya emitía una suave luz dentro de su útero deformado, pagaba copas a una compañera de trabajo.

Nerea se sentó a su lado, después de besarla, y miró un segundo a la mesa ya dispuesta, a los platos y copas y servilletas y cubiertos. Miró al jarrón, vagamente, sin fijarse demasiado, siendo quizás más lista que Julia, esquivando esas sensaciones de un objeto hermoso que ocupaban el lugar de la abuela, de los ojillos húmedos tras las gafas, de las manos que la habían sostenido siendo un bebé, sentada junto a la mujer destrozada, a su nuera que odiaba al fruto de su carne, a su hijo, el tercero, que lo odiaba además justamente, que lo odiaba sin que hubiera arreglo alguno. ¿Qué habría sentido la abuela? Qué habría callado, cuando todos hablaban y ella había ido hasta el hospital para sujetar a su nieta, para sostenerla ahora que no sabía nada, que se preocuparía por mamar y dormir, por despegar lentamente los párpados, ahora que no podía conocer esa realidad y por lo tanto vivía los mejores momentos de su vida, momentos que se escapaban en el mismo hecho de vivirlos, que se consumían en la propia respiración en una cruel cuenta atrás que ya se avecinaba, que ya sentía en sus manos arrugadas, las manos que sostenían a aquella nieta bonita que llevaría el nombre de Nerea, que esperaba, que deseaba, que no odiara a su hijo como justamente lo odiaba su madre y como justamente podría odiarlo también la pequeña. Valía esa mujer de labios pintados tanto como para consumir semejante disgusto a su madre, a esa madre que había querido a todos sus hijos con una locura casi insana, que le había pagado una plaza de funcionario, de chupatintas en el ayuntamiento, porque jamás querría estudiar y necesitaba colocarlo, necesitaba hacer lo que fuese para descansar tranquila, para poder asomarse al avance del cáncer que había durado aun dieciocho años. Una plaza comprada, sí, adquirida llena de vergüenza, pero adquirida al fin y al cabo, para ese hijo suyo que había sido el único que no había querido hacer nada, ni estudiar ni trabajar en algo decente, no como sus otras niñas. El hijo que siempre había sido su desvelo, su eterna lucha, y que cuando había conseguido colocar y casar, cuando se había establecido y había dejado aquellos desvaríos de chico irresponsable, había hecho lo peor de todo. Quizás era eso lo que la había acompañado hasta el hospital, la conciencia de no sé cuántos esfuerzos que finalmente no habían servido para nada, la abrasadora vergüenza de aquella plaza comprada, la chispeante duda de ese matrimonio que le parecía demasiado bueno, demasiado digno para aquel calavera. Las reuniones con tutores en el colegio, las discusiones porque no sabía qué hacer con él, con su tercer hijo, el pequeño de todos, que no quería hacer nada, que sólo aspiraba a alargar la mano para que su madre le diese algo a

principios de semana y salir con los amigos, con las chicas cuyo nombre después no recordaba. Y ahora, cuando al fin descansaba, cuando al fin se reconciliaba con sus tormentas para tumbarse y disfrutar de esa vida arreglada, de esa prole arreglada, ocurría esto. Qué habría sentido al abrazar a su nieta, a su nieta recién nacida y recién abrazada, cuando la apretaba con las manos temblorosas porque no podía calmarse, porque no sabía cómo agachar la cabeza ante esa madre engañada y decir, aun a sabiendas de todo lo que estaba bien y estaba mal, “Lo quiero de todos modos”. Y qué habría sentido esa niña, esa criatura recién despertada, que daba su primer aliento tras haber destrozado la carne de una madre ya desgarrada, tras recibir un abrazo lleno de impotencia, de confusos sentimientos que silbaban en el fondo de sus oídos, sin poder consumir ese abrazo con un amor puro y limpio, sin poder disfrutar de ese instante, porque sólo pensaba que, a pesar de que se lo mereciese, por favor, esa nieta suya no odiase a su padre.

Esa mujer se había convertido en humo. En su cara había ahora un jarrón, y en sus cabellos un montón de flores que se desperdigaban. Y aquel abrazo, ese primer abrazo de abuela y nieta, catorce años atrás, en pleno verano, se había convertido en un recuerdo. Un recuerdo que quizás se hubiera grabado en la mente de esa madre ofendida, que miraba a una anciana en silencio dejando que apretase a su niña aunque nunca fuese a estar de su lado, aunque nunca fuese a sumarse a sus justos reproches, porque lo amaba demasiado como para actuar conforme a sus valores. Sí, el amor se interponía en los valores, el amor sincero de una madre, no el amor a esa putilla que salía a ligar los sábados por la noche, maquillada y en tacones, a la que su marido — todavía era entonces su marido— le había pagado unas cuantas copas. Ahora se daba cuenta de las ausencias, de las excusas, de los gestos raros, de la intuición punzante que le dolía más que aquella dureza de su cuerpo, del cuerpo deformado por esa niña que tenía ahora, esa Nerea pálida que lloraba sin conocer las difíciles circunstancias de la que debería haber sido su familia. Y ahora, catorce años después, con los rasgos de aquel bebé ya estirados y formados, con los dientes cruzados de alambre, se sentaba sonriente sin recordar aquel abrazo, sin recordar siquiera lo triste que había sido su nacimiento, porque tenían que ocuparse de esa vida que empezaba a latir demasiado pronto, porque sin haber resuelto el problema —o al menos, sin haber podido asumirlo—, ella se abría paso a la realidad y dejaba aquellos otros dolores en un suspenso tibio, un suspenso que no dejaba disfrutar de sus formas redondeadas y rosas, de los hipos de su llanto. Allí estaba, pálida y sonriente, con el jarrón de la abuela enmarcando el dibujo de uno de sus hombros —así lo veía Julia, el jarrón y delante el hombro de Nerea—, mirando a esa prima demasiado mayor como para que hubieran podido ser amigas, como una especie de tía a la que habría querido infinitamente, que habría sido su ejemplo y modelo, de no ser porque estaba inserta en la familia del padre, la familia del *abandonador*, del adúltero, sí, la familia en la que apenas había estado, en la que se zambullía un fin de semana cada dos, y ni siquiera eso, porque tampoco el padre estaba demasiado interesado en atenderla cuando era pequeña. Qué triste, haber nacido en esas circunstancias, y qué agradable a la vez no enterarse, no sufrir los impactos de aquella noticia, una noticia que acabaría estallando en cualquier momento, pero que lo hizo por una mujer flaca y larguirucha que se presentó en la puerta de su casa. Ahí estaba, sentada y sonriente y con el jarrón tras uno de sus hombros, el fruto de un matrimonio roto, de dos familias enfrentadas, de dos personas que se odiaban. Pero ella tenía el semblante tranquilo de quien lleva la desgracia en la sangre, de quien ha nacido conociendo la mezquindad, la ruindad, y por lo tanto ya nada puede sorprenderla. Sonreía como podía sonreír alguien que hubiese visto inmensas maldades, porque todo lo que se encuadraba en la más simple normalidad —ir al cumpleaños del pequeño Jorge—

era algo magnífico frente a todo lo que había vivido. ¿Cómo no iba a sonreír, quien hubiese nacido de tal forma? Ridículo sería pensar que se pasaría los días llorando. No, había abierto las carnes de su madre desgarrada, y desde el primer instante había notado ese desgarró, ese dolor, esa cruda experiencia que se marcaba en sus miembros redondos y rosados, que le enseñaba la cara más putrefacta del hombre para que nunca confiase en él, para que jamás esperase nada de su padre, para que jamás amase ni besase entregando su corazón completo, sino protegiendo esa parte tierna y emocionada para que su madre la cuidase, para que su madre la guardase en sus manos, que la mimase como no había mimado a la suya propia, sí, dando sólo un tanto por ciento del amor que podía sentir, porque cuando ella había dado un total, se lo habían devuelto utilizado y marchito. Así, cuando se asomaba a la adolescencia, contaba más advertencias de las que todas sus compañeras juntas, y cuando había dado ese primer beso —Julia imaginaba que ya lo habría dado, quizás no—, lo había hecho con el alma tranquila, templada y alerta, con los párpados sólo a medio cerrar.

Nadie reprochaba a su madre las advertencias que le habría hecho a esa niña, cuando estaban las dos solas en su nuevo piso, por la noche, después de la cena, en el sofá tapadas por la misma manta. ¿Cómo iban a reprochárselo? ¿Quién era digna de reprocharlo, en aras a unos valores de la educación y del amor, si no sabían lo que era tumbarse para soportar aquella noticia sin que le supusiera un aborto, con las entrañas de su niña ya formada golpeándole el vientre, intentando centrarse en una mancha de humedad del techo, en el dibujo que hacía, porque si no podría perder aquello que le quedaba? Podían decir que no debería criticar a su padre, y que no debería criticar a los hombres. Que no debería haberle dicho que nunca confiase en un hombre, que nunca le diese todo su amor, porque jamás se podía confiar en ellos. Que no hubiese llamado puta a ésa con la que convivía ahora, que no la hubiese obligado a no contarle nada del colegio, ni de los amigos, ni de su vida en general, porque esa zorra no tenía que ir de madre ni de amiga, que no tenía que meterse en ninguno de sus asuntos. Que le hubiese pedido que dijera, delante ella, que su madre era la mejor del mundo, que su madre era la más guapa, que para ella no habría nunca nadie como su madre. ¿Cómo iban a reprocharle eso? A pesar de las impresiones que hubiese dejado sobre Nerea, de todas las impresiones negativas y confusas que eso le habría supuesto partiendo en dos la dulce inocencia de una niña, cómo iban ellas, las mujeres de su familia, a reprochar que se hubiera atrevido a hacerlo. No, no se sentían con fuerzas para ello, no se sentían con autoridad como para negarle nada a una mujer engañada, rota de dolor, rota de incomprensión, rota por todos los extremos de su cuerpo, con recuerdos de besos que le había plantado después de besar a la otra, buscando la postura en la cama con su barriga inflada mientras él le hacía el amor a ésa que ahora podía acariciar la cabeza de su hija. Sí, porque eso era lo peor, después de toda la noticia, de toda la bomba, saber que él se iba a vivir con ella y ahora tendría relación con su hija, que iría de amiga suya, que le pediría que le hablase del colegio y de los amigos, que la maquillaría para jugar aprovechando que ella se embadurnaba la cara cada mañana. ¿Había alguna manera de soportar aquello? ¿Habría alguna manera de aguantar que esa otra, la otra, tuviera ahora relación con su hija? Y ellas aún habrían sido capaces de reprochárselo. No, por supuesto que no, claro que no. Todo o casi todo estaba justificado en ese caso, porque no podían imaginar el dolor, no eran capaces de imaginar el horrible dolor que se tornaba ya algo físico, algo que le retorció los huesos y los músculos, que de tanto que le sangraba el corazón pasaba a abrirle las manos mismas. Dios mío, no querían ni imaginarlo. Julia no quería imaginarlo, tampoco su madre, ninguna de esas mujeres, las hermanas del infiel y las primas de la niña, querían hacer el

espeluznante esfuerzo de colocarse en una situación así. Sólo podían responder con generosidad, callando cuando la niña soltaba algo extraño que nacía directamente de las palabras de su madre, algo de los hombres o de ese hombre, de las mujeres o de esa mujer. Se callaban y sentían un punto de incomodidad, no ya por la niña, sino por esa madre que todas comprendían, cuyo sufrimiento las había hecho mirar hacia un abismo que era demasiado profundo como para tolerarlo. Se callaban, sí, le daban el pobre consuelo de su generosidad, porque no tenían nada más que darle, eso y un mensaje de felicitación en Fin de Año, un cariño en el brazo cuando la veían por la calle, tímidos esfuerzos por decirle que la comprendían y que lo sentían, que la querían no ya por los momentos que habían compartido, sino por una unión de los sentimientos fraccionados, por una alianza de sexo y emoción en la que la comprendían y compadecían, sí, una tímida caricia en el brazo cuando se encontraban en la calle, intentando no recibir de ella la dura mirada del rechazo por ser la familia del infiel, la familia del otro bando, de esa anciana que había corrido hacia el hospital para coger a su niña recién nacida en brazos, sin ser capaz de alzar la cabeza para ver a esa mujer que sentía demasiadas cosas a un tiempo.

Nada de eso sabía Nerea. De aquel dolor, de aquella tensión. Nada de eso sabía, y a cambio había sacado una visión demasiado madura cuando era todavía demasiado pequeña. Pero, ¿cómo pararlo? ¿Cómo frenarlo? Y Julia no encontraba la respuesta, allí sentada, delante de ella, viendo su piel blanca y sus cabellos castaños y casi negros, sus dientes separados como los de su madre, las mejillas cruzadas por dos hoyuelos también como los de su madre. Tenía ese aspecto tranquilo y dulce de la niña que se formaba pero aún era niña, de la mujer demasiado temprana que sigue soñando plácidamente, de las formas ya casi adultas, con el pecho recién salido y dolorido, con la menstruación cruzando su vientre liso cada mes, con las caderas ya separadas, anchas y redondas, con el suave contorno de la cintura. Silueta de mujer que no por eso dejaba de ser niña, de niña que ya era demasiado mujer. ¿Cómo definir ese momento? ¿Cómo tildar ese instante entre una vida y otra, entre un momento y otro, mientras se colocaba el pelo como lo haría una adulta y se ataba los cordones como lo haría una cría? Era por ese velo traslúcido de la incertidumbre, de la feminidad que ya latía pero no había florecido, por esa piel como empañada por polvos de nieve. Era eso de la virginidad que tanto se repetía en las novelas clásicas, en las novelas de otro tiempo. Sí, la muchacha ya mujer pero virgen, la muchacha que dormía plácidamente arropada en su virginidad, con la piel clara y libre y secreta, con las formas que despuntaban la madurez que todavía no había llegado. Y ella, ajena a su belleza, ajena a ese paréntesis en el que vivía y que en otro tiempo habría incitado metáforas sobre su virginidad, algo hoy en día tan destartado, tan trivial, incluso, tan poco interesante para los ojos de quien podía mirar a una adolescente como ella, sonreía a esa prima y casi tía que no había podido conocer demasiado, a esa Julia que la miraba con los labios mordidos, porque su tío, el infiel, acababa de besarla y después la otra, esa Paula de labios pintados, que ya sin virginidad y con la adolescencia muy lejana, con los sueños tranquilos apartados hacía años, había permitido que ese hombre casado le pagase unas copas, que ese hombre de esposa embarazada, pública y notoriamente embarazada, alargase unos billetes y respondiera a su sonrisa. ¿Qué pensaba una mujer así cuando veía a ese hombre? ¿Qué había pensado, al verlo y decidir que le permitiría unos coqueteos de sábados por la noche, que no dudaría en echarse a su cuello y besar esos labios que venían de otra casa, de otra boca, de otra forma humana que engendraba a su hijo? ¿Qué pensaba cuando se despedía de él para que se metiera en la cama con su mujer, que se le pasaba por la cabeza cuando le decía adiós, con el maquillaje un poco estropeado, para que él fuese a abrazar a esa embarazada con fotos de boda

enmarcadas en las mesillas de noche, a apoyar la oreja en su barriga para escuchar los movimientos del vástago abandonado, a coger el coche para ir a comer a casa de su madre, con la esposa del brazo y toda la familia recibéndolo, recibiendo ese hogar en el que ella, dueña de sus acciones y valores, interfería?

No, la culpa no era sólo de ella. Él era un hombre horrible, una persona despreciable. Era cruel, asqueroso, sucio. Pero ella era responsable de la parte que le tocaba. Era responsable de haber ignorado la dignidad y el respeto que toda mujer merecía, que esa mujer, en concreto, también se merecía. Era responsable de haberse convertido en una aventura, de haber respondido a cada acercamiento y haber propiciado otros tantos, de haber ofendido en lo más profundo a aquélla que no conocía, que era la legítima pareja, que si terminaba siendo engañada y burlada, al menos no tenía por qué serlo mediante su mano. Sí, seguramente, de no haber existido Paula, habría sido otra. Pero ella decidía ser ella, por qué no, decidía aceptar las caricias de ese hombre casado, de ese hombre que convivía con otra, y ser enemiga y amante, pasando incluso por encima de la hija que se formaba. ¿Quién, por mucho amor que pudiera sentir —imaginemos que había amor—, quería meterse en una historia tan complicada y tan cruel? ¿Quién se encogía de hombros aceptando, con toda conciencia, ser una chispa entre la vida de una pareja ya establecida? No, Paula no era la única culpable, pero era culpable de sus actos. Sus actos habían sido aceptar esos billetes que le pagaban unas copas, abrir la puerta de su piso con la mano firme y decidida, con ese hombre que la seguía por las escaleras, que la tomaba y después se vestía rápidamente, porque debía volver a esa vida conyugal que no parecía demasiado interesado en romper, que no habría roto hasta a saber cuándo, jugando con las intimidades de ambas quién sabe cuánto tiempo, contando con el consentimiento de una de ellas, a la que no le importaba recibir besos manchados de otros labios, caricias con otras huellas impregnadas, la erección que se elevaba ante ella como antes, como quizás hacía un minuto, se había elevado y consumado con su mujer, con la que gestaba al hijo que nacería muy pronto.

Era imposible que comprendieran a Paula. Era imposible que la quisieran, era imposible que no la viesan como la otra, como la mujer enemiga, como la que, en un mundo feroz y dañino en la que todas debían apoyarse y amarse, se desmarcaba de esa bonita comunión del sexo para ganar un hombre ridículo y asqueroso, un hombre que nada valía, que había vendido a su esposa y a su hija por una relación fácil, que podría venderla a ella cuando otra apareciese, con idéntica frialdad. Ganaba eso, sí, ganaba vivir con alguien que se había fijado en ella por el morbo de sus labios rojos que lo perseguían incansablemente, que había aceptado utilizarla como segunda diversión. ¿Merecía la pena? ¿Era ése suficiente premio como para ofender y destruir la dignidad de otra mujer? ¿Era suficiente como para destruir la suya propia, porque aceptaba ser amante hasta que él quisiera dejar a la primera —y finalmente no fue la voluntad de él la que rompió el matrimonio, sino la de una compañera muy alta y delgada que había llamado a su puerta—, porque entregaba su cuerpo maquillado de sábado por la noche a alguien que después se despediría sin remordimientos? Era difícil pedirle a Paula que respetase a las mujeres, si ella era la primera que no se respetaba. Cómo le iban a hablar de dignidad, si no sabía lo que significaba. Si había dormido feliz y relajada tras ese devaneo de fin de semana, tras ese primer contacto que la destruía y destruía a la otra. No, él ya no importaba. ¿Qué iban a esperar de él, qué iban a enseñarle, qué iban a rescatar, si siempre había sido un pobre imbécil que una mujer demasiado inocente había intentado querer y, para su desgracia, había querido realmente? Pero ella, Paula, podía haberse salvado. Podía haber intentado salvarse y respetarse, respetarlo todo. Pero había

decidido hacer justamente lo contrario, y ahora era otra pobre imbécil como él, era otra bala perdida de una inteligencia demasiado pobre, de una moralidad fina y resquebrajada, los restos de una sombra que no era mujer, sino florero sin alma, sin espíritu mismo en el que refugiarse una vez llegaba la vejez, una vez llegaba la humedad en los ojos, al que mirar y en el que guarecerse cuando quisiera contemplar su pasado, absorberlo y abrazarse a sí misma, pensando que a pesar de todo lo ocurrido —fuese lo que fuera— siempre se había tenido a sí misma, y ella misma valía la pena, ella misma era preciosa. Paula no era preciosa, aunque había podido serlo. Pero era imposible convencerla de lo contrario, era imposible instruirla, cuando ella alzaba un frío gesto matemático, explotando los resultados de ese polvo sin compromiso, que le habían granjeado un hombre y una existencia estable junto a él, una convivencia de catorce años ya. Se sentía una ganadora, una triunfadora. Ése había sido su triunfo, ir a por el más imbécil y girar rápidamente la llave de su puerta. ¿Quién podía decirle que no había ganado? ¿Quién podría convencerla, si se sacudía orgullosamente los pedazos de una dignidad ajena que había roto, y de la suya propia?

Nerea, con su semblante virginal y pálido, se sentó y los demás fueron saludándose, reuniéndose alrededor de la mesa en la que enseguida empezarían a comer, aquel sábado de otoño que acababa de llegar, que acababa de aterrizar en la pesada rutina de ese curso que comenzaba, de ese verdadero Año Nuevo, que caía igual que un pétalo se había separado de las demás hojas, cayendo en el centro de aquella agua con olor a montes y prados, perdiéndose hasta la próxima vez que la cambiasen. Nadie la había visto, nadie había oído su suave zambullida, las vibraciones de esa película elástica que ahora la mantenían a flote, respirando entre tallos y hojas cortadas. Julia miró una vez más hacia allí, pero lo hizo sin querer, como si realmente sus ojos no se hubieran movido, sino como si el mismo jarrón se hubiera colado ante sus párpados, arrastrándose unos centímetros para meterse en esa apacible panorámica de su vista, que mirando a su prima, a su prima pequeña, aquella de la que más bien se habría sentido tía si hubiera tenido tiempo que compartir con ella, sentía los coletazos de una historia pasada que continuaba coartándolos. Allí estaba la niña cuyo nacimiento había sido recibido con horror, porque llegaba demasiado pronto, o la otra noticia había llegado demasiado tarde, eclosionando cuando una mujer que nadie conocía había llamado a la puerta de su madre, a la puerta de esa mujer que ya era madre sin haber alumbrado aún, porque su útero ya estaba deformado y ya contenía todos esos miembros que tan solo habían crecido más, ya sentía sus vueltas y patadas, sus órganos activándose en el suave regocijo de aquella existencia tranquila, perezosa y guardada. Había oído los golpes, un par de golpes en la puerta, porque el pasillo estaba muy oscuro y se había fundido la bombilla. Sí, dio golpes en vez de tocar el timbre, porque no era capaz de encontrarlo entre las tinieblas de esa noche cálida, pegajosa, en la que había estallado una violenta tormenta de verano, de ésas que formaban riadas en las calles, que anegaban esquinas y reventaba tuberías. Ella, la madre, vio cómo llovía a través de la ventana, con las lámparas encendidas y la televisión encendida, reproduciendo algo que ya no recordaba, una película, un noticiario, desde luego algo a lo que no le estaba prestando atención, porque el furioso eco de los truenos la había pegado a la ventana y allí se había quedado hasta que llamaron a la puerta. Julia se podía imaginar todos los detalles de esa llamada. La desconocida fuera, con sus ropas empapadas, porque no había llevado paraguas, preguntándose si debía hacer o no aquello, la madre dentro, preguntándose quién demonios llamaba a su puerta en medio de una tormenta, si debía abrir o no, porque se sentía terriblemente vulnerable entre esos ruidos, con su menuda espalda y su vientre abombado. Tenía tanto miedo que no respondió. Se quedó allí, quieta, en el mismo sitio pero ahora enfocada hacia otro lugar, hacia

esa hoja de madera que había retumbado bajo unos nudillos que no conocía. Y quizás la otra, la de fuera, sintiese alivio, porque lo que iba a hacer era extraño y difícil. Sin embargo había ido allí para algo, sí, tenía un propósito, un propósito arrancado de un dolor común, un dolor en el que se sumergía por esa comunión del sexo, ésa de la que otras salían y se escabullían recogiendo las faldas. Tenía un propósito, un objetivo, quizás una labor, y no se habría quedado tranquila de no haberlo intentado una segunda vez, porque igual no la habían oído, de modo que golpeó de nuevo pero más fuerte, otras dos veces, otro toc—toc fuerte y decidido, que combatía, en la penumbra el pasillo, con los lejanos ecos de la tormenta. Empapada, muy alta y delgada, recibió directamente en la cara la luz de ese hogar que se abría, de esa embarazada bajita que parecía, a sus ojos, una niña regordeta, proyectando en sus ojos esa otra mirada inquieta y miedosa, porque sola en casa, sola y con esos ruidos y esa lluvia, había sido presa de fantasmagóricas ilusiones de otro tiempo.

¿Cómo habría esperado ver a alguien así? A una mujer, una señora de unos cuarenta y tantos, como mucho cincuenta, que casi alcanzaba el marco de su puerta, en medio de la oscuridad de un pasillo cuya bombilla se había fundido, y lo había hecho justo entonces, en plena noche, en plena tormenta. Se habría esperado cualquier cosa antes que ésa, se habría esperado miles de vecinos, se habría esperado ladrones y atracadores y violadores, se habría esperado espíritus y muertos vivientes, pero no a ella, no, justo a ella. Y sin preguntar, estirando el cuello hacia arriba, estudió el rostro de alguien que era en realidad su amiga, o puede que no una amiga, pero sí una guardiana, una salvadora, un alma que estaba de su parte, que se había arrastrado bajo la lluvia y se había adentrado en pasillos oscuros sólo para decirle algo que nada tenía que ver con ella. Así se presentó, no como una amiga, sino con su nombre, su nombre y su primer apellido, un nombre que desde entonces recordaría, que jamás podría borrarse de su mente, aunque en el momento casi no lo había escuchado. Y ese nombre, el nombre amigable, el nombre de la guardiana y salvadora y alma que se unía a la suya como si ese dolor, por ser infringido a una de nosotras fuese de todas, le sacudió el rostro sin lograr expresión alguna, ni de conocimiento ni de lo contrario, sino una indiferencia que se mantenía alerta, que temblaba como una hojilla a cada destello de los rayos. Le dijo su nombre, y que era una compañera del trabajo de su marido. La madre, la embarazada, se agarró al marco de la puerta como si estuviese a punto de caerse. Quizás no era la mejor forma de empezar, soltar aquello con esa cara de preocupación, con esos labios níveos y las pupilas buscando las palabras. Porque esa mujer que estuvo a punto de caerse pensó que venían a darle la noticia de un accidente, de la muerte de su marido, de su hospitalización, algo así, y sintió que los tobillos se le aflojaban y ya no la sostenían, sintió que se caía y que ese marco liso no era demasiado fuerte como para sujetarla. Sí, venía a decirle algo, y no sabía cómo hacerlo. Pero finalmente lo hizo, vació esa información que llevaba días ardiéndole dentro, viendo aquello y luego al hombre con su mujer embarazada de la mano, viendo una cara y otra de una misma persona, su aventura y su matrimonio, sus sombras y sus luces, viendo la sonrisa de esa esposa ignorada y burlada. ¿Se metía en algo que no era de su incumbencia? Bueno, sí, seguro que sí. Pero necesitaba hacerlo, necesitaba que alguien le dijese a esa pobre mujer lo que ocurría, que reaccionase, que dejase de pasearse de la mano con ese hombre, si es que aún no lo sabía. Porque entre las mil posibilidades, cabía que ella lo supiese y consintiese. Pero no, no era así, y fue allí con su propósito y lo dejó cumplido, orgullosamente cumplido, victoriosamente cumplido. Fue allí con sus valores, con su sentido de la comunidad y la amistad, y dijo lo que tanto necesitaba decir, se lo dejó en las manos de esa desconocida sin preguntar si quería o no saberlo, sólo obligándola a saberlo, utilizando las fórmulas más elegantes, menos dañinas, suponía, pero comunicándoselo

igualmente.

Así se lo dijo, en el umbral de la puerta, porque las sucesivas impresiones que iban invadiendo a la madre no le permitieron reaccionar, no le permitieron decir que entrase, ni tampoco la otra hizo gesto alguno para pasar, sino que quería emprender su cometido cuanto antes, hacer lo que creía que debía hacer e irse de allí para siempre, que ese pasillo lleno de penumbra la tragase como la había tragado antes, y que allí quedase, condensada en esa misma penumbra, una historia en la que no quería volver a pensar. Así lo dijo, sin más adornos ni interrupciones, soltándolo igual que sus brazos caían alrededor de su desgarrada altura, de su desgarrada humedad, de la manera más natural y sencilla, imparabile, hecho mismo y no pensamiento, no intuición, no sospecha, sino materia como tal, materia que caía ahora en sus manos, que se posaba sobre esa barriga de embarazada para absorberla también a ella. Lo dijo, y preguntó si estaba bien —Julia estaba segura de que habría preguntado si estaba bien—, y la esposa asintió en silencio, llevaba todo el tiempo en silencio, su misteriosa visitante nunca llegó a escuchar su voz. Con los párpados a medio caer, a punto de cerrarse pero sin hacerlo, como si la tarea de asumir aquellas palabras fuese demasiado difícil como para compaginarla con la tarea de asumir imágenes, de experimentar la visión misma, se quedó quieta en el propio umbral de la puerta, allí donde había sucedido todo, aún cogida al marco pensando que su marido se había estrellado con el coche, pensando, de una manera estúpida, que debía haberle ofrecido un paraguas a ésa cuyo nombre ya no podría olvidar nunca. Eso fue lo que se quedó pensando, que debía haberle dado un paraguas después de la amabilidad de haber ido hasta allí, hasta a su puerta, entre la oscuridad del pasillo y la luz de su casa, entre el silencio del rellano y el ruido de la tormenta y la televisión, que seguía zumbando con mil voces no oídas mientras en su cabeza zumbaba esa idea del paraguas, ese reproche a su conducta, a sus modales, por el que no alzó la voz para parar a la desconocida —¿cuánto hacía que se había ido?— ni tampoco se asomó a la ventana.

En algún momento volvió a entrar en casa, se dio la vuelta y cerró la puerta. En algún momento, como por inercia, porque el frío de la lluvia empezaba a filtrarse, se metió y cerró y volvió a la tranquila calidez del hogar. Fue entonces cuando sucedió, fue entonces, cuando vio todas sus cosas, su alfombra y su reloj de la entrada, su sofá y su mesita donde cenaban, los cuadros y las estanterías, las figuras, el libro y el móvil y el ordenador a un lado, fue entonces cuando todas sus cosas se mostraron ante ella como si su cara hubiese cambiado completamente, como si esa estabilidad que antes le ofrecían se hubiese desvanecido, como si esa importancia con la que antes las revestía se hubiese esfumado y en su lugar no quedase nada. Sus cosas, una tras otra, sus muebles y aparatos y ornamentos, se desnudaron ante sus ojos y los hirieron directamente, se metieron en el centro de su corazón y se clavaron allí con todos sus colores —marrones, negros, rojos, grises, incluso azules—, se mostraron uno a uno y todos a un tiempo delante de ella para que así fuese capaz de comprender lo que acababan de decirle, lo que acababa de contarle una desconocida empapada y muy alta, una mujer que tenía un nombre muy concreto, sí, ese nombre, claro, era ése, apenas lo había oído, casi ni se había enterado, porque se había esperado ver un fantasma o un muerto andante y se encontró con esa señora. Su alfombra, su reloj de la entrada, su sofá, su mesa... Se alzó y se volvió algo insoportable, algo imposible de ver, algo imposible de mirar, porque sin saber el motivo empezó a desgarrarla, empezó a romperla a medida que se metía dentro de ella, esas cosas que eran suyas, que había comprado una por una, que había escogido con el cariño que le había puesto por entero a esa casa, a ese sitio donde se desarrollaba su familia, donde despuntaba ya la familia como tal, con esa hija que llamarían Lucía

—lo habían decidido juntos— y ya estaba prácticamente formada.

Le resultó imposible seguir mirándolo, y sus ojos se cerraron igual que si la luz le clavase finas agujas en las córneas, se cerraron empezaron a desesperarse en aquella cárcel oscura y acuosa, en aquellas mejillas cruzadas de hoyuelos que se le congestionaban, ese primer impulso del llanto que nacía desde muy adentro, muy hondo y con mucho cuerpo y un gran aliento, un llanto que comenzó de una manera muy parecida que comenzó aquél con el que su hija le dio la bienvenida a la vida, sólo que éste era el llanto del despertar, el llanto del comienzo, y aquél era un llanto de muerte, de fin, de destrucción. Era algo parecido, sí, un llanto que antes de salir recogía todo el aire de los pulmones, toda la fuerza del estómago, de los músculos y sobre todo de las piernas y de los brazos, toda la carnosidad de su pecho inflamado, y con todos esos ingredientes, con todos ellos bien apretados y juntos y unidos formando una misma bola de energía, de pura energía y puro sentimiento que se abría, salió seco y salvaje, recién formado de la esencia misma de la naturaleza, de la naturaleza de los montes de su tierra y de las emociones que como humana la formaban, sí, seco, porque no fue un llanto de lágrimas, fue más bien un llanto de gritos, o de un solo un grito, de ese primer chillido que concentraba cuantas fuerzas tenía y un segundo y un tercero que fueron como ecos del primero, sí, gritos desangrados como masas de personas trituradas, así se sentía ella, como una masa con forma indefinida por esa antigua mujer que habían triturado, que habían aplastado con la fuerza de máquinas de obra, que habían moldeado y desfigurado al tranquilo ritmo con el que se repetía ese nombre que ya no olvidaba, que no se le salía ya de dentro. Fue así como finalmente se dio cuenta de lo que ocurría, con ese grito y esos otros dos que lo continuaron, arrodillándose y casi cayéndose, levantándose la piel de sus rodillas desnudas, tirándose hacia delante para dar con la cara en el suelo, porque quería ahogar en la propia madera los espantosos quejidos que le salían del abdomen, quería llorar contra él, gritar contra él. Y así, buscando el suelo que calmase ese rostro desfigurado de dolor, se replegó sobre su barriga de embarazada, se topó con ese vientre abombado que había olvidado por un segundo, lanzando toda la fuerza de su cuerpo sobre él. Entonces se arrastró a la cama, sí, no caminó, se arrastró, gateó hasta allí mientras se seguía levantando la piel de las rodillas, llorando ya con agua, sin gritos secos, con hipos y congestiones y aullidos, hasta alcanzar la colcha cruda que la cubría. De alguna manera subió, seguramente sin ponerse de pie, más bien siguiendo esa tónica de arrastrarse, frotándose con la colcha la espalda para recorrerla hasta arriba, desde el suelo hasta el colchón, y así echándose hacia atrás, mejor dicho deslizándose, sí, deslizándose desde el suelo hasta arriba, colocando sus dos manos alrededor de esa Lucía que nunca llegaría a llamarse Lucía —no habría podido ponerle ese nombre—, parando como podía los llantos, parando como podía los temblores de su abdomen, porque esa salvaje emoción, ese espantoso dolor, podía hacer que abortase. Se quedó muy quieta para compensar los locos arrebatos de antes, la brutalidad al tirarse al suelo y casi echarse toda ella encima de la barriga, como si esa perfecta quietud pudiese borrar los actos pasados, pudiese borrar los posibles daños que ya hubiera causado —al final supo que no había causado ningún daño—, y por esa misma lógica paró también el llanto, lo frenó y calmó hasta ser un puchero que sólo le movía los labios, la punta de los labios, como gotas de agua inquietas, sin atreverse a alargar la mano para coger siquiera un pañuelo, sorbiendo con la nariz esa congestión que la ahogaba, que la asfixiaba así tumbada, intentando pensar en cualquier cosa menos en eso, en la tormenta que seguía sacudiendo los cristales, en lo que fuese que había estado viendo en la televisión. Intentaba fingir que no había pasado nada, intentaba engañarse para que algo que ya sabía no existiese, con el único propósito

de proteger ese bebé suyo, sólo suyo, con el único motivo de evitar un aborto que ya creía hecho, que ya creía irremediable.

Le habló a la niña, para constatar que seguía con ella. Le habló y no la llamó Lucía, a su Nerea, no, la llamó algo así como “mi niña”. Es curioso, en ese momento en el que sólo sentía dolor e incompreensión, vergüenza y frustración, le habló a su hija para que le perdonase los locos movimientos de antes, los impulsos salvajes que la habían puesto en peligro, y no la llamó como la había llamado desde que sabía que era una niña, ese nombre que repetía siempre que acariciaba su barriga, o cuando le contaba historias, o cuando le ponía música. En ese momento en el que sentía mil cosas horribles, algo se accionó en su interior sin que se diera cuenta, de modo que una delicadísima sensibilidad se antepuso a su consciencia y ya desechó aquello que había elegido con su marido, con el que seguía siendo su marido.

Le habló a la niña, y se quedó hablándole hasta muy tarde, hasta que volvió el padre, el infiel, que venía seguramente de las manos de la otra, porque como había sabido más tarde, tenía muchos menos amigos de los que le contaba en aquella época. Se quedó hablando con su hija, en un monólogo que inventaba respuestas, preguntándole si estaba bien, si estaba tranquila, cuándo quería nacer, cómo sería. Le dijo mil cosas mientras sus ojos se centraban en el techo, parando el llanto y dejando que salpicasen sólo unas delgadísimas lágrimas sobre el principio de las mejillas, unos restos más que modestos para la verdadera emoción que la consumía y replegaba en lo que ya era un corazón roto, torturado a la voz de esa desconocida que había llamado a su puerta. Y se repetía su nombre, se repetía con un eco que no tenía nada de tétrico, sino más bien un tono lánguido, como de vals lento. Una especie de crema que iba uniendo esas partes cuyo control había perdido antes, como si en realidad le ayudase pensar sin parar en ese nombre, porque no lo hacía como una obsesión, no, lo hacía como un ritmo que la relajaba. Debió ser difícil, con esa noticia recién contada, recién conocida, con esa esposa y casi-madre que acababa de conocer el final de su matrimonio, de su amor, soportar aquella postura rígida sobre la cama sin permitirse nada más, siquiera pensarlo, coronando con las manos lo único que podía proteger, lo único que quería ya y todo lo que le quedaba. Sí, era lo único que podía proteger, porque no se había protegido a sí misma. Pero no dijo aquello, no dijo nada más que trivialidades para hablarle a esa niña que no volvió a llamar Lucía, jamás, de ninguna manera. En ese momento su parte racional coartaba los impulsos de su ira y su tristeza, y su parte sentimental, su parte de inteligencia natural y personalísima, hizo desaparecer aquel nombre antes de que ella pudiese entender que le causaría otro daño enorme.

No se sabía —no se lo había contado a nadie— cuándo había decidido lo de Nerea. Quizás nunca lo decidió, quizás lo sintió entonces, y ya pronunció Nerea antes que Lucía, por esa porción de su cuerpo que iba más adelante que su consciencia. Quizás fue después, cuando prometió no volver a esa casa, dejando también allí encerrado el nombre que habían decidido en pareja, juntos. Y no se planteó abandonar el anterior, no, lo habría hecho directamente, como si nunca hubiese decidido un nombre y empezase desde cero. Bueno, eso nadie lo sabía, y ahora, catorce años después, nadie se lo preguntaría tampoco, porque lo último que querían era volver a esos momentos que de todos modos no podían olvidarse.

Julia no estaba muy segura de cómo fue la discusión ni cómo se desarrolló. La discusión en sí, la de la ruptura, la del engaño. Tendría que ser nada más volver él, porque su esposa no

habría soportado fingir ni por un segundo que no sabía aquello, recibir un beso o una caricia de ése que venía manchado por el contacto de otra, preguntarle qué tal el trabajo y dejar que una conversación tranquila invadiese esa armonía que ya sabía rota. Por supuesto que no, y por ello la discusión tuvo que ser nada más volver, enseguida, al instante, según vio esos ojos un poco achinados de su marido, esa boca torcida de sinvergüenza, de conquistador al que le faltaban tres palmos de altura para ser un hombre. Sí, ella, la esposa, la madre, lo vio asqueroso y ridículo, enano y pretencioso, y como si todas esas impresiones de un amor que acababan de arrancarle del pecho de la manera más dolorosa se borrasen sin más, se borrasen y se sustituyesen por nuevas imágenes que sólo le producían náuseas, vio en él muchísimos defectos que antes no se habría imaginado ni aunque alguien se los gritase al oído. Por eso fue más fácil, porque de repente no tenía delante a un hombre —y ya desde luego no a “su hombre”—, sino que tenía a un chaval de veinte y pocos, chulo y brutal para contrarrestar el peso de sus cortas entendederas y sus cortas piernas, un niño tonto y mimado y consentido al que odiaba. Era tan bajito, tan poca cosa para creerse sin embargo un trofeo —eso lo sacaría de la otra, lo abrazaría como si fuese un brillante trofeo—, que no entendía cómo no se había dado cuenta antes. No le hizo falta verlo para advertir esos defectos, no, ya desde la cama, tumbada y encogida, los notó todos a un mismo tiempo según oyó el ruido de la puerta abriéndose, de la cerradura respondiendo a ese duro contacto de su mano como ella había respondido a un amor que era falso, falso desde siempre, pero que se había tragado como una estúpida. No, no le hacía falta verlo, ya lo percibía por el murmullo de sus pasos, ya lo sentía sin tenerlo delante. Y ese pequeño paréntesis en el que abría la puerta y llegaba hasta la habitación, hasta la cama donde ella estaba después de deslizarse por todo el piso, con las mejillas húmedas y las rodillas despellejadas, fue un paréntesis que amó y odió a la vez. Lo amó porque él todavía estaba lejos, porque mientras durase no tendría que verlo. Y qué cruel sería —como finalmente lo fue— ver la cara de ése que había querido hasta hacía sólo un rato y que ahora estaba obligada a odiar. Sí, amó ese instante porque le permitía respirar una vez más antes de verlo, incluso dos. Y a la vez lo odió, porque significaba que ya estaba en casa, que su hogar ya se destruía definitivamente, que lo ensuciaba con sus pasos y sus miradas, con todo lo que tocasen sus manos. Significaba que ya estaba allí, que había llegado y que tendría que presenciar esos defectos que ya había visto antes mismo de tenerlo cerca.

La discusión debió ser terrible, debió tener gritos y lloros, aunque seguro que ella intentaba contenerse, intentaba calmarse, quizás ni siquiera se hubiera movido de la cama, porque seguía temblando por haberle podido ocasionar algún daño a su hija. Pero algo sí debía haberse movido, porque las fotos de la boda, ésas que tenía enmarcadas una en cada mesilla de noche, la del marido y la de la mujer, encuadrando sus actos de amor, habían aparecido rotas. Rotas, tiradas al suelo, con el cristal rasgado y el marco destrozado, una y otra. Tuvo que ser ella, porque él no se habría atrevido a tanto. Era el infiel, el adúltero, no se habría atrevido a romper sus fotos, como si fuese culpa de ella que ahora se odiasen. No, no habría llegado a tanto, porque aunque era imbécil y repugnante, esa chulería suya se aplacaba ante la esposa, ante la esposa además embarazada, ante esos ojillos a los que le había pedido matrimonio y que luego había recibido la esencia misma de su cuerpo para crear a su hijo, y allí estaba latiendo, retorciéndose bajo las fuertes emociones que esa madre desconsolada le trasladaba, su hija Lucía, que nunca llegaría a llamarse Lucía. Tuvo que ser ella, entre insultos y gritos de dolor y odio, entre preguntas cuyas respuestas no quería en realidad conocer porque no le aportarían nada y sólo le harían sentir un dolor aún más grande, la que cogió esas fotos que siempre le habían gustado tanto para romperlas igual que

se había roto su relación, su familia, su hogar. Si se paraba a pensar un momento podía rememorar el minuto exacto en el que las colocó allí, en el que las puso pensando que quizás sería un poco cursi, pero su cursilería al fin y al cabo, la cursilería de su casa y su amor, de su familia. Había aceptado esa justa cursilería a cambio de abrir los ojos y ver las fotos, ya suya y la de su marido, al lado de ambos para que no pudiesen olvidar ése que se suponía el mejor día de su vida.

El mejor día de su vida. Así lo había creído siempre, así lo había aprendido, así se lo habían enseñado. Era lo que había visto en las películas, en las conversaciones de las mayores cuando era niña, en las aspiraciones de esas adolescentes desperdigadas por la habitación cuando quedaban los viernes por la tarde para pintarse las uñas y escuchar música. El día más feliz de su vida, immortalizado y preparado para acompañarla en cada sueño, para acompañar los sueños también de su marido, el compañero que había tomado en el maldito mejor día de su vida. ¿Qué podía pensar ahora? Qué podía decir ahora, si sentía tanta rabia que ni siquiera podía soportar repetir ese lema. Qué podía decir ahora, sintiendo su perfilado y precioso “Sí, quiero” quemándole la lengua, con esa horrible sonrisa de entonces que le comía la cara, que le marcaba más los hoyuelos de las mejillas, y la sonrisa suya, sí, la sonrisa de él, que había soltado su respectivo “Sí, quiero” bajo los ojos de toda la familia embobada y feliz, la felicidad misma en la cara de cada uno de los invitados y, por supuesto, de cada uno de los novios. ¿El día más feliz de su vida? El día del engaño, el día de la mentira. El día en el que formalizó con mil papeles que ahora le costaría un juicio destruir, que ahora implicarían pensar en él y enredarse en un procedimiento con él cuando sólo quería olvidar su cara y su ridícula estatura. El día de la vergüenza, el día del desembolso de a saber cuánto dinero —no lo sabía, en verdad— para celebrar su ritual de amor, el ritual que les duraría la vida entera. Qué curioso, hablar de la vida entera cuando habían pasado tan pocos años, con todo ese resto de su vida esperándola para vivirla sin ese hombre que había escrito —ahora dudaba que los hubiera hecho él— unos votos rimbombantes y tan cursis como sus fotos, que le había deslizado una alianza dorada que era eso del vínculo eterno, el círculo de la eternidad, Dios mío, qué eternidad tan corta, qué eternidad tan humillante.

Sin duda, no pudo soportar esas imágenes y todo lo que le decían, la burla entera que suponían a ese antiguo —recién asesinado— yo que se había puesto a mirar la tormenta todavía enamorada. Pero no debió recordarlo expresamente, no debió pensar en la boda por sí misma, sino que en medio de la discusión, en medio de un grito o un reproche o una respuesta que ella había querido saber y luego le había arañado las entrañas, girando su cabeza para evitar un nuevo chillido o una nueva brusquedad, una de las fotografías se coló en su visión, como hacía un momento el jarrón se había colado en la visión de Julia sin pretenderlo. Fue una cuestión de la casualidad, pero una casualidad que ahora no estaba dispuesta a perdonar, a dejar que existiera e ignorarla tan rápido como había podido ignorar otras cosas. Fue una casualidad terrible, espantosamente trágica, y no fue capaz de resistirse. Arrojó las dos fotografías seguidas, la que vio sin pretenderlo y la otra que ni siquiera había visto, una y otra en cuestión de un mismo segundo, con un impacto demasiado leve para lo que pretendía, pero que consiguió estallar el cristal y el marco. Ella, tan bajita y con su torpeza, debió de utilizar una fuerza que apenas tenía para romper de un solo golpe el marco, debió hacerlo desde muy alto, seguramente saltando de la cama y en pie, porque las fotos no habían sido rotas contra la pared —algo que lo habría vuelto más fácil—, sino en medio del suelo, cada una frente a su respectiva mesilla, para que ya no pudiesen adornar ni guardar el sueño de nadie. Las rompió rompiendo con ellas ese mejor día de

su vida, para no volver a verlas, pues ya que no podría evitar recordarlo, al menos no tendría que aguantar esa estúpida cara suya que creía haber cumplido un sueño. Prefería ver esto otro, este nuevo espectáculo. El mejor día de su vida hecho pedazos contra el suelo. Quizás no era lo que había aprendido desde niña ni lo que había deseado, pero al menos era mucho más sincero.

Con las fotos rotas, esa casa cambiaba definitivamente. Jamás las habrían quitado de allí — bueno, ella no lo habría hecho—, de ninguna manera, aunque hubiesen tomado preciosas fotos de ambos con su hija ya nacida. Era el símbolo de su ruptura para siempre, de su radical cambio en tan solo un día, de las novedades que se instalarían para siempre entre ambos y que ya no podrían arreglar de ningún modo. Era el cambio de esa casa, que sería abandonada de una forma muy distinta a ésta en la que había sido comprada, con un instinto animal de puro amor y pasión, jóvenes y a punto de casarse —lo harían cuatro meses después—, tomándose en la cocina y en el salón y contra la puerta de la entrada, porque querían explorar cada habitación y cada rincón de esa casa donde absurdamente se habían creído que pasarían toda la vida. Pero las fotos se habían roto, habían sido lanzadas por alguien que había imaginado adorarlas hasta el final de sus días, y ahora ya nadie pretendía explorar habitaciones ni rozarse siquiera, sólo deseaban olvidar sus caras y no volver a verse, aunque esperase todo el procedimiento de divorcio y esa eterna unión que sería su hija.

No hubo más. No hubo nada más entre ellos, y doce días después nació Nerea. Su madre tuvo, hasta el último momento, miedo a que su hija tuviera alguna malformación por aquel día. Casi no pensó en él, mientras la tenía. Era inevitable una evocación vaga y lejana, fría, la imagen de ese marido que siempre había colocado junto a ella en ese instante, de ese hombre que se convertía en padre. Pero no, apenas pensó en él, sólo en un momento de debilidad, de confusión. Todas sus atenciones se centraban en sacar de ella a esa niña que se resistía, que se aferraba a su interior como si no quisiera salir nunca, como si no quisiera abandonarla nunca, a su madre, esa madre que había estado a punto de arrojarse al suelo y poner todo su peso sobre ella.

Sólo pensó en sacarla, en obligarla a nacer, entre el dolor y el miedo, aterrada por el parto en sí y por lo otro que no había tenido consecuencia alguna, aunque ya creía haber matado a su niña. Sacarla, hacer que naciera, dar esas pocas fuerzas que ya no tenía para ese proyecto que había sido común ante el que ahora sólo estaba ella. Y apareció esa otra madre. La madre de ese hombre, la anciana agotada de su hijo, de su tercer hijo, para estrechar a la niña en brazos. Con los miembros abiertos y la carne desgarrada, extenuada de un horrible parto y de las maniobras del fórceps que le habían arrancado a la niña, vio cómo la abuela de su hija llegaba y la sostenía. Podía imaginar lo que pensaría esa mujer, esa anciana que sabía lo que era pasar por esa terrible experiencia que ella acababa de revivir, y que había repetido tres veces, hasta dar la vida a ese hombre que ahora ninguna de ellas se atrevería a mentar de ningún modo.

La anciana quería mirar a la que seguía siendo su nuera, y quería decirle algo. Pero, ¿qué podía decirle? Entre la emoción de abrazar al bebé y la angustia de un amor que la encarcelaba, no encontraba qué decir. ¿La llamó Lucía? Julia no lo sabía. Nadie había comentado eso, nadie había dicho si a la abuela se le había escapado ese nombre que no era el de la niña, y si la madre tenía que haberla corregido. Ojalá que no fuese así, porque entonces se habría creado una nueva tensión, y esa anciana encantadora y triste habría tenido que clavar todavía más la mirada en esa nieta, por no ver a la recién madre. No sabía eso, ni tampoco sabía si su tío, el infiel, se había enterado de cómo había descubierto su mujer la noticia. Tampoco si lo sabía esa nueva novia,

Paula, la otra, aunque a ella poco le importaba. Y Julia podía imaginar lo que había sentido la madre de Nerea, en cuanto la tuvo en brazos nada más sacarla de su interior, nada más lavarle la cabeza bajo el grifo, ella sola con su hija, ellas solas contra todo lo demás, contra todo lo que había creado esa misma situación y ahora no estaba. Podía imaginar los sentimientos de esa madre, incluso los sentimientos que debía tener ese bebé que no podía aún sentir nada, como si un orden mundial pudiera almacenar lo que se debió sentir en una caja de cristal, en una caja que esperaba plácidamente a los años de madurez para que entonces, pensando acerca de ese momento en el que ella había nacido y sólo se había podido preocupar de respirar, la invadieran precisamente esas emociones de lo que debió ser y no podía aún por su temprana, casi inexistente edad. Sí, los sentimientos de la madre y de la hija, y los sentimientos de la abuela. También podía figurarse aquello, por supuesto, casi lo había experimentado en sus propias carnes, sus carnes de dieciséis años, cuando la abuela volvió y se metió en su casa para contarle. Lo que desde luego no podía analizar, lo que de ningún modo era capaz de representarse, era lo que había sentido esa Paula de labios pintados, la Paula de las copas, la Paula putilla del trabajo, que había mirado y mirado a ese hombre que también la había mirado y mirado a ella. ¿Qué podía sentir una mujer que ambicionaba a un hombre, que lo tomaba mientras otra mujer paría la esencia de sus cuerpos? ¿Qué sentía cuando le hacía estallar un beso en la boca, a la vez que otra expulsaba de sí esa hija que siempre sería suya, que era su sangre y su piel, su remoto momento de intimidad con aquélla de la que jamás se podría librar porque, en contra de los deseos de ambos, habían tenido una hija juntos?

Eso le parecía un misterio. Le parecía tan complejo, tan retorcido, que no podía saberlo. O quizás fuese lo contrario, excesivamente sencillo, tan simple como una sana indiferencia, la indiferencia máxima por esa niña que nacía, pues efecto de una relación pasada, ella seguía ganando. ¿Era posible esa indiferencia, estando inserta en una historia tan difícil? Quizás, no lo sabía, no podía saberlo.

Fueron sentándose en la mesa repleta ahora de comida, esquivando el sitio tras el jarrón que era ahora la abuela, porque aunque nadie lo había dicho, aunque nadie se había atrevido a señalarlo en voz alta, todos comprendieron que ese lugar sería respetado como algo sagrado, sin que nadie más pudiera —ni quisiera— sentarse ahí. Se sentaron y Nerea se quedó entre su padre y el cumpleaños, y Julia entre su madre y su tía, la mayor de todas. Nerea y su madrastra, Julia y su madre, la tía mayor y su hija. Las seis mujeres, las siete contando con ese halo frío y triste que era el recuerdo de la abuela, brillaban con diferentes luces, con diferentes colores, soltando chispas tenues y finas que iban a morir sobre los dejes perlados de las copas, sobre el cristal de las ventanas que reventaban llenas de reflejos. Esas seis, quizás siete mujeres, se miraban unas a otras con miles de pensamientos que callaban, que debían callar, con la oblicua imagen del tío que miraba el móvil durante las comidas, con la infantil sonrisa de Jorge, el cumpleaños, que inflaba su pecho con la seguridad de que aquél era su día. Tenían sus ideas, sus vastos valores, sus pieles impregnadas de distintas cremas que también volvían distintos esos rubores de las mejillas, el rubor impostado de Paula, producto de su maquillaje exagerado, de esos rosetones casi rojos que la hacían parecer una muñeca, algo que le había pintado su sobrina de adolescente, con sus tiernos quince años, y que desde entonces le había gustado. Su sobrina la maquillaba muchas veces, le arreglaba el pelo, incluso le había hecho mechas, hacía ya años, unas mechas rojizas que le

cruzaban sus cabellos muy negros, tan negros que casi parecían azules, como si de esa profunda oscuridad brotasen alientos de otros tonos por ella engullidos. Su sobrina, a la que no conocían, le había dado soplos de juventud cuando aún la necesitaba, cuando alguien —nadie sabía quién, ni tampoco preguntarían jamás—, le había roto el corazón y se echó a la calle para demostrarse que todavía se sentía atractiva, que todavía era hermosa y fresca y magnífica, que todavía tenía miles de placeres que explotar y regalar. Porque ella regalaba placeres, placeres por ver sus labios muy rojos, con esas mejillas de muñeca, por su cuerpo delgado y atlético enfundado en sus vestidos de noche, en sus faldas negras y muy apretadas, en sus tacones con brillantes. Sí, era cierto que Paula había tenido una historia desgraciada, una historia dolorosa, que se le había clavado dentro y aún no había podido olvidar, por la que se zambulló en una obsesión casi perversa, buscando y buscando y atacando. Pero también era cierto, a pesar de todo, que allí a nadie le importaba. Nadie se había parado a pensar qué había ocurrido con sus anteriores novios o maridos, qué le había pasado para que, en su corta educación y su falta de amor propio, hubiese escogido a ese hombre como una buena inversión. No, nada de eso les importaba. Más querrían haberle preguntado qué era lo que la unía a esa hija no suya, a esa hija no concebida y no parida, en cuya formación —antes mismo de que viese la primera luz del hospital— ya se colocó como un personaje importante de su vida, un personaje nuevo y que se quedaría, o bien, si no se quedaba, al menos sí interfería con unas consecuencias que durarían para siempre. Julia se lo preguntaba, cortando la carne mientras Nerea pinchaba salchichas recubiertas de hojaldre, mientras su madre preguntaba de qué era cada paté y untaba en pequeñas tostadas, se preguntaba qué le unía ahora a esa niña. Porque la respuesta más lógica era que nada, absolutamente nada, pues era la hija de otra mujer con su hombre —actualmente su hombre—, y su único lazo venía precisamente de él, de ése en concreto, y que de borrarse aquella relación, de borrarse aquel noviazgo que ya había intentado convertir en algo más, nada más las uniría. No les quedaría nada, claro, y eso era cierto, sí, pero Julia quería ir más allá. No, no hablaba de lo lógico, de las relaciones personales. Hablaba de algo sentimental, casi espiritual, dado el carácter de terrible destino, de terribles consecuencias, que había tenido su aparición en esas tres vidas. ¿Qué era lo que la unía a la niña? A la niña que no había conocido ya de mayor, sino desde su primer aliento. A la niña cuyo crecimiento había ido observando fines de semana esporádicos, visitas de un instante, sí, pero visitas al fin y al cabo, visitas de alguien cuya existencia no podía obviar, no podía olvidar, que sería siempre la llama viva de esa otra pasión que su hombre —actualmente su hombre— había sentido antes.

Era difícil. Por supuesto que era difícil, jamás habría imaginado lo contrario. Y era difícil también responder a ello, responder qué era lo que tenía con ella, con la niña que tenía una habitación en su casa, que llamaba papá a su novio y mamá a esa otra, que los seguía ligando aunque se odiasen, que los ligaría con una seguridad que ella no tenía con él.

Habría sido más fácil si ella también fuese madre. Habría sido mucho mejor, si ella tuviera un hijo de otra pareja, incluso de aquélla que le había costado tanto olvidar. Porque entonces los dos habrían estado en iguales condiciones, él habría tenido que soportar a otro y ella a otra, bien, perfectamente empatados, y ella no habría sentido que se le rompía algo en su interior cuando su hombre tenía que hablar con esa exmujer, cuando cogía el teléfono con su contacto guardado para comentar algo de la niña, de una actividad, del colegio, en fin, de lo que componía esa capa superficial y organizada de una vida. Si ella hubiese sido madre y hubiese llegado a él con un hijo que la esperaba en casa, que cuidaba una niñera mientras salía esa noche con sus amigas, que atendía su hermana junto a su sobrina, entonces, habría sido más fácil. No lo habría

subido a su casa esa noche, con la tranquilidad del piso vacío y listo para ella, solitario y tranquilo, pero habrían encontrado la manera, cualquier manera, y todo habría sido mejor para ella. Así no tendrían que preguntarle qué sentía para con esa niña ajena, porque también él tendría una pregunta que responder, y ella no habría tenido tantas dudas, porque habría tratado a esa niña de la misma forma que habría querido que otra tratase a su hijo. Sería algo así, contaría con una guía, la guía misma del sentimiento que ella conocería por su propia experiencia, por el hecho de saber lo que era ser madre y que aquello, aquella relación de alguien había salido de otra y seguiría siempre en ella, no le pareciese algo tan difícil de encajar en su sencilla rutina.

Sin embargo, no era madre. No lo era, y ya había pasado los cuarenta. Eso sí era simple, fácil de decir. Era una cuestión de hechos. No era madre, y había pasado los cuarenta (casi también los cincuenta). Había pasado el momento que ella creía como idóneo para hacerlo, había pasado esa década de los treinta, sobre todo los tempranos treinta donde se imaginaba esa facilidad de los embarazos sencillos, de los embarazos naturales, de las parejas jóvenes, casi recién casados, ya estables en sus trabajos, ya con una hipoteca, con una casa con suficientes habitaciones, con un par de baños, en fin, con todo lo que constituía esa fantasía de la normalidad, de la normalidad que había querido vivir y había vivido su hermana, de la normalidad que también había vivido su hombre, sólo que antes de tenerla a ella y con otra mujer. La normalidad que tanto había querido también incluía la fábula del mejor día de su vida. Claro que lo incluía, con su lujoso vestido blanco y su altar lleno de flores, con los invitados embobados y felices, con los votos y los respectivos “Sí quiero” y los anillos que simbolizaban el círculo eterno. Lo incluía, pero Julia no quería pensar en ello, no podía pensar en algo así, porque ya lo otro, lo más obvio y salvaje, le parecía demasiado complicado como para contestar. ¿Qué iba a decir respecto al día más feliz de su vida? Si de verdad quería vivirlo, cuando había asistido a otros días más felices de otras vidas y habían terminado condensados en sus manos. ¿De verdad había querido esa normalidad que otros habían vivido, de verdad podía parecerle, con la perspectiva del tiempo y de los acontecimientos, una normalidad que deseaba?

Lo más doloroso no era que existiese y que no la tuviera. Lo peor era que formaba parte de la mayoría de las personas, la mayoría de las que veía entonces, cuando había una ocasión especial y tenían que juntarse. Allí estaba la normalidad en la que había participado también la cornuda, esa normalidad de las otras que ahora la observaban, la madre de Julia, la madre del cumpleaños y su abuela, sí, las mujeres que ahora tenía alrededor y no la querían, no podían quererla, porque en su fantasía de la unión del sexo, en su fantasía de la amistad y apoyo mutuo, de fuerza conjunta, ella se había desmarcado. Bien, esto último no lo entendía, no se había parado siquiera a pensarlo nunca. Pero en cuanto a lo otro, en cuanto a la normalidad, a la bella y perfecta normalidad, sí lo entendía. Lo entendía y sabía que se le había escapado, que se había ido en ese paso lento y dócil de los años, de su anterior noviazgo o matrimonio —nadie lo sabía— desgraciado, torcido, destartado, de su nuevo noviazgo en el que había encontrado la suficiente candidez como para conseguirlo, como para arrastrarlo a su cama y encadenarlo a ella, pero no como para dar ese siguiente paso que tanto había anhelado. Porque durante las noches, esos sábados tardíos con los mofletes de muñeca y los labios de cereza, aceptando copas y cruzando sus delicadas piernas de atleta, había buscado eso desesperadamente. Había buscado el hombre, la hipoteca, la casa con habitaciones y dos baños, el embarazo que ya no correspondía a los tempranos treinta, pero sí a la treintena, esa década que se iba quedando atrás. Estaba lista, estaba preparada para amar y regalar esos placeres suyos, para querer y recibir esa normalidad con la

que soñaba, que aún era posible, que ya casi tenía, sí, todos los sábados se imaginaba que casi estaba en sus manos.

Pero lo cierto es que no lo estaba, y por ello se había contentado con ese hombre que era todavía su hombre, aquél que sí vivía la fantasía, que le ofrecía ser una tercera pieza mal colocada en ese nacimiento que estaba a punto de producirse. Y aceptó, aceptó y más bien lo buscó y se zambulló de un golpe, se lanzó con todas sus ilusiones florecientes, repletas de colores, hermosas, que la inundaban como aquella noche la inundaron las caricias de aquél que ya imaginaba como su galán, el que cumpliría las esperanzas, el que cumpliría los esfuerzos de peinados y maquillajes que la había enseñado su sobrina, el que le daría un hijo y esa corona de la familia feliz que tanto deseaba, la familia de su hermana, la familia que él había estado a punto de tener, la familia de esas mujeres que no la querían ni sabían nada de ella. Así había sido, triste e indigno y con dejes de pura y absoluta prostitución, agarrando al primer sinvergüenza con tal de obtener un sueño típico, tan manoseado cuya perspectiva se había perdido, cuyos contornos ya no veía de una manera nítida, sino obsesiva, que se le metía dentro como esas heridas antiguas por las que jamás le preguntarían, que activaba todos sus órganos con un calor cuyo control había perdido.

Sí, hubo algo de prostitución esa noche, porque no se entregaba por ella ni por él, no se entregaba por el delirio de sus placeres, por el mero hecho de querer, sino por otras cosas. Se entregaba por tener al hombre, por tener un hombre. Se entregaba por el hijo, por la familia, por la pareja fija, la pareja de siempre, la pareja que se llamaba marido y que colocaban siempre a su lado, al lado de su nombre, Paula y tal, Paula y cual, en una sintonía que no podía romperse, que no dejaría que se rompiera. Con esa idea había abierto la puerta de su casa, con esa idea se había bajado de los tacones en la misma entrada, dándose la vuelta para que todo él le cupiera en una misma mirada, como si fuese aquélla la primera vez que lo veía bien, la primera vez que lo albergaba entero en sus ojos, pero viendo en cualquier caso otras cosas, otras fantasías, viendo ya la pareja, la casa, el niño, la vida que quería. Que fuese él era una cuestión de suerte. De suerte o mala suerte, de descarte. De posibilidades y ventajas, en fin, de estrategia y premios y planes. Pero le había tocado a él, y había acercado a sus manos ese pecho palpitante, que se quiso hacer creer que palpitaba por él, que palpitaba de puro amor, que palpitaba por lujuria y deseo y completa abnegación a ese otro que trabajaba a su lado.

Pero palpitaba por otros motivos muy distintos. Ahí estaba su mayor tristeza, aquello que valía como venderse. Necesitaba un hombre para su fin, para el fin de su fantasía, y si su única opción ahora mismo era alguien que estaba a punto de tener una hija, pues aceptaba a la hija.

Así se había lanzado, así se había zambullido. Y mientras aquella otra gemía de dolor en pleno mes de agosto, en pleno verano, desesperándose y retorciéndose porque su hija saliera de su cuerpo, dejando que su carne ya golpeada terminase de romperse, ella había gemido de pura ilusión, en los brazos de aquél que se convertía en padre sin saberlo todavía, porque no le habían avisado, porque lo último que habría hecho sería llamarlo en ese momento. Estaba sola ante el peligro, sola ante lo desconocido, ante el puro terror del parto, del desenlace de aquella unión de nueve meses —un poco menos—. Estaba sola con las cenizas de esa normalidad entre las manos, sin que la normalidad le importase ya nada, porque ahora sólo pensaba en que saliera bien, en que no le doliese mucho —pero jamás habría podido imaginar, cuando deseaba aquello, la magnitud del dolor que en verdad sentiría—, en que pronto tendría a su hija en brazos, esa hija sin nombre. Sola con la normalidad rota, pero en paz consigo misma, salvo por los miedos de aquel primer

arrebató que todavía la martirizaban. Y Paula, que en ese mismo instante se convertía en madrastra, que en ese mismo instante recibía una niña por cuya relación le preguntarían indirectamente, con miradas mudas durante una comida de cumpleaños, ya soñaba con sus propios gemidos de dolor, con sus propios miedos porque todo saliera bien.

Entonces lo veía como algo seguro. Lo veía como una cuestión de paciencia, de un año o dos, pero inevitable, dulcemente inevitable. Pero no había sido así. Cuando había ganado, cuando lo había tenido todo, el que ya por fin era su hombre se había negado. Se había negado a ella, y lo había hecho con tal rotundidad, con tal acento tajante, que Paula no había podido convencerlo. Le echaba en cara que acababa de ser padre, que ya tenía una hija, que había sido un nacimiento horrible, que no quería seguir complicándolo todo. Porque para él era una complicación, para él, que ya era padre y no amaba, un hijo no suponía nada más. Siempre había vivido para sí mismo, desde que era joven y desde que había dejado de estudiar, desde que su madre había alargado la mano llena de un dinero que casi no tenía y desde que él lo había aceptado. ¿Cómo podía ser padre alguien que sólo vivía para sí? Claro, era inútil, era imposible, era un despropósito. Ahora lo veía, ahora se daba cuenta de ese hombre frío y hedonista, egoísta y enamorado únicamente de su persona. No podía ser padre, no quería, estaba completamente convencido de que aquello era una opción. Pero, ¿ni siquiera por ella? ¿Ni siquiera por ella? Por ella, por quien había abandonado a su mujer —y aquí debía callarse con el ardor de la mentira en los labios, porque si la había abandonado había sido porque otra lo había descubierto, porque ella lo había sabido, y no por el mero hecho de tenerla y quererla—. Entonces, ¿tampoco lo haría por ella? ¿Por qué no, si ya lo había hecho por otra? ¿Es que la había querido más de lo que la quería a ella? Bueno, eso era distinto. Eso era completamente distinto, eso no se podía comparar. Y ése era su punto seco, su centro estéril, donde se estancaban, donde daban a parar para no avanzar más. Porque eso, lo anterior, era distinto. Y Paula quería fingir que no. Quería creer que no y quería no entenderlo. Pero lo entendía, claro, porque lo otro, lo anterior, era la fantasía de los tempranos treinta, era la fantasía del amor de juventud establecido, de los trabajos fijos y la casa con suficientes habitaciones y dos baños, sí, era la normalidad que ella había ambicionado tanto. Si entonces había aceptado tener un hijo, se debía a que incluso él, incluso un ser tan desconsiderado con la que ahora era su mujer, se había dejado seducir por la fantasía. Su fantasía, su sueño. Sí, hasta él había caído en ella. ¿Cómo no iba a desear eso, si era tan fuerte como para convencer a alguien como él? A alguien que ya no quería tanto... A alguien por quien su corazón no palpitaba, en realidad no había palpitado nunca, ahora era consciente. Y eso por lo que había arriesgado tanto, por eso por lo que había aceptado a un hombre con una exesposa —entonces esposa— y una casi-hija, ahora se desvanecía.

¿Qué haría entonces? ¿Qué haría en ese momento? Dejarlo, por supuesto, romper con él, lanzarlo a esa calle en la que lo había encontrado, y volver a sus desenfundadas noches de sábado, a sus locas búsquedas, para encontrar ahora a alguien que sí le pudiese dar lo que tanto quería.

Pero daba miedo. Daba miedo volver a esas noches, ahora que tenía una especie de hogar, no el hogar que quería, ya, pero algo parecido. Ahora que llevaba dos años con ese hombre, ahora que ya llevaba también dos años soportando a esa hija que le dolía más que nunca. Daba miedo dejarlo todo, daba miedo volver a asomarse al abismo para sanar esa insatisfacción que la consumía. ¿Lo haría? Se había entregado por la prostitución de una idea, y ahora mismo, sin tener lo que deseaba, sin la felicidad que merecía, sin los objetivos que quería cumplir en esa única y

única vida suya, sentía el deseo de seguir con su prostitución. No a cambio de su felicidad, no a cambio de lo que amaba y deseaba. Sino a cambio del frío consuelo del casi-hogar, de la relación estable, de los dos nombres que ya los colocaban juntos. Por no volver a ese desenfreno de las noches de copas, buscando hombres y desesperada en los cálculos, con los treinta avanzando, avanzando muy rápido (ya prácticamente en los cuarenta). ¿Debía invertir otros dos años en otra relación para conseguirlo, sumar antes el tiempo que le llevase encontrarlo y quizás agregar nuevos sufrimientos por otras esposas y otros hijos? Sí, debía hacerlo. Se lo decía su interior, se lo decía ese amor que estaba lista para dar. Se lo decía su plan de la normalidad, ése que maquillaría con unos años más, pero no importaba, ése que siempre había querido. Sí, tenía que hacerlo. Pero estaba cómoda ahí, en casa. Estaba cómoda hablando de él, yendo a ver a la familia con él, apareciendo juntos en el trabajo. ¿Y si era una cuestión de tiempo? Que la otra hija se hiciese algo mayor, que todo madurase un poco. Al fin y al cabo, dos años en una relación tampoco era demasiado. Y si tenían problemas, si tenían dificultades, hoy podía acceder a muchos medios que los ayudasen. Sí, podía esperar otro año más. Podía esperar un poco.

Y se convenció, se convenció de que ese bache era algo pasajero, de que le saldría bien, que obtendría lo que quería. Que entraría en razón, que lo haría por ella, que la amaría lo suficiente como para emprender de nuevo esa aventura, pero esta vez bien hecha, sin interferencias ni abandonos, no, bien hasta el final, hasta la vida entera. Y ya barajaba nombres, los barajaba todas las mañanas, en su tibia alegría de la prostitución engañada, que se sabía engañada y lo aceptaba bajo miles y miles de bálsamos radiantes y crispados, sí, barajando nombres de niño y de niña, mientras cambiaba las sábanas de esa segunda habitación que ahora ocupaba Nerea, la hija de la otra, la que decía, con los ojos muy abiertos, que su madre era la más guapa del mundo, que no había ninguna otra como su madre. De repente ya tenía cinco años, y cinco años cumplía también su relación. Sí, su madre era la más guapa del mundo, bueno, ella también obtendría algún día esa lealtad, esa fidelidad. Sólo hacía falta un poco de tiempo, algo más para que él se diera cuenta de toda la felicidad que podían obtener, cuánto lo deseaba ella.

Pero nada de eso respondía qué la unía con Nerea. Qué la unía a la hijastra, qué la unía a la consecuencia de una relación pasada, en cuya plena existencia había aparecido ella. Bien, ¿qué la unía? Una perspectiva del tiempo, del tiempo que había pasado desde entonces, desde esa discusión a los dos años, esa otra a los cinco, a los seis, ya había perdido la cuenta. Un ejemplo de la vida que pasaba, del ser que se desarrollaba mientras ella, quizá, se marchitaba, de un cuerpo que crecía mientras ella se destruía. Recuerdos de escenas de calor, como aquel verano, aquel maldito y a la vez dichoso verano, de aquel agosto húmedo, de aquellas tormentas ardientes en las que habían reventado tuberías, en las que habían saltado montones y montones de agua sucia que regaban las calles en un torrente medio marrón y medio transparente, de los coches aparcados anegados hasta más allá de sus ruedas. Recuerdos de aquel verano y de aquel invierno siguiente, de ese primer año, ese loco y romántico primer año, que se empañaba por la perspectiva de esa misma vida que crecía, esa misma vida que acababa de ver el mundo y se formaba en una casa que no era la suya, porque su madre no había querido volver. Se había quedado allí un par de días, quizás sólo uno, justo después de esa noche y de la gran discusión. Se había quedado allí, quieta entre las fotos tiradas y los marcos rotos, pensando cómo iba a afrontar ese nuevo estado, esa nueva realidad que era la suya, con los gritos todavía retumbándole en la cabeza, con el nombre de esa mujer —esa salvadora, esa guardiana que defendía la dignidad común— repitiéndose una y otra vez dentro de ella, como si esa consecución de nombre y apellido fuese más importante que el

resto de su destartalada existencia.

Con el vientre lleno de su hija, ya formada y a punto de nacer, se había quedado en la cama toda la noche y toda la mañana siguiente, casi toda la tarde también, con una terrible sed que le secaba los labios y le abrasaba la garganta. Sí, en algún momento empezó a sentir sed —Julia casi podía experimentar esa misma sed, cuando miraba a Paula y pensaba en ello—, en algún momento que no podía definir, uno en medio de la noche, quizás nada más amanecer, en fin, una sed fuerte y árida que le atrapaba la lengua, que la envolvía con algo parecido al papel de lija, rugosa como el lametazo de los felinos. Y siguió sintiendo esa sed, soportándola a pesar de que también fuese su hija la que tenía sed, aceptando aquel martirio como si no pudiese hacer nada para evitarlo, porque en el centro mismo de su vida partida en dos mitades, en ésa que creía verdadera y feliz y ésa otra que ahora la engullía —esa cama le parecía estar justo en el medio de esas dos caras—, le resultaba imposible moverse. No podía levantarse, no, no podía caminar hasta la cocina y abrir una botella, engullir ese litro limpio y puro que en nada se parecía a las riadas que acababan de cubrir la carretera. Le parecía algo impensable, o quizás ni siquiera le pareció eso, porque puede que no se parara a considerarlo, que la misma perspectiva de su inamovilidad impidiese cualquier idea al respecto.

Sedienta, muy quieta y con los ojos fijos en el techo, en la misma postura en la que había esperado a que pasase la noche, en la que había consumido esa mañana y casi toda la tarde, soportaba sus dolores, sus achaques proyectados por la misma naturaleza —porque quizás no sólo tenía sed, quizás sintió hambre en algún momento, quizás también ganas de orinar—, porque no habría soportado levantarse y caminar por esa casa que ya no era la suya, sino una cruel caricatura de la que había sido, caminar esquivando los pedazos de los marcos rotos con la mofa de sus fotos de boda, esa niña joven y delgada y estúpidamente enamorada, tener que ver esas cosas suyas que había comprado con tanto cariño, las alfombras y las figuras y el portátil, la mesa y el sofá y los libros. No quería ver nada de eso, no quería ver nada que le recordase esa rutina que acababa de abandonar, que acababan de abandonar otros por las meras decisiones de sus manos, de sus manos y de ese pene pequeño y absurdo que ella había aceptado tantas veces. Dios mío, que había aceptado y deseado. Sí, lo había aceptado y recibido e incluso deseado, por el que había fingido algún orgasmo cuando no era capaz de dárselo y ya estaba cansada, porque no quería ofenderlo y que se sintiese inútil, incapaz de darle el placer que merecía a esa esposa suya, a esa antigua novia que había llevado de la mano a casa de sus padres, la primera chica que les presentaba —aunque no la primera chica como tal, sino el final de una larga lista, lo sabía y lo asumía como caprichos de juventud, qué tonta y confiada—. Sí, había fingido orgasmos por él, le había dado todo el placer que su pequeño y magnífico cuerpo poseía, habían conquistado todas las habitaciones de esa casa nada más comprarla, y malditos esos momentos que ahora le daban asco, porque no podía negar su felicidad. No, no podía hacerlo, porque no imaginaba mejor delirio que hacer el amor con él, que abrazarse y besarse y sentirse, eso de hacerse uno, de volverse uno, sí, exactamente eso, ese mito hecho realidad y verdadero. Le daba asco pensarlo, le daba asco pensar la de veces que se habían acostado, le daba asco pensar en la de escenas y escenas de sexo que había guardado en su mente, cuyas sensaciones casi podía sentir ahora. Le daba asco y a la vez le recordaban esa felicidad pasada, aquello que nunca volvería, cuando aceptaba y deseaba ese pene pequeño y ridículo que ahora la engañaba, que en la brutalidad de su naturaleza más vasta, más profunda, había querido probar algo más que ella. Se había desligado de ésa que fingía un orgasmo para no ofenderlo cuando ya estaba cansada y no estaba saliendo bien, se había desligado

de su amabilidad. Ojalá conociera esa amabilidad —qué más podía hacerle daño a ese ser tan estúpido—. Y se había desligado de su promesa de quererla sólo a ella, esa promesa que había comenzado hacía años, cuando la besó en ese horrible lugar al que no volvería, cuando la cogió por la cintura y le dio el primer beso de muchos, de muchísimos besos que habían terminado y cuyo final no conocía, se había olvidado del último, no sabía cuándo había sido, y aunque también le daba asco pensar en sus labios, un punto atolondrado de nostalgia —algo que había olvidado el hecho, el porqué de esa situación—, sintió que debía haber prestado más atención.

Que debía haber prestado más atención. A cuál fue, cuándo, cómo se lo dio. Si le gustó y lo disfrutó o sólo fue un beso rápido, pasajero, de esos que se daban por cumplir con la despedida o bienvenida. Seguramente fuese uno de los últimos, porque alguien que engañaba no podía dar un beso de verdad. Era imposible que la besase como entonces, como antes —su mente se remontaba a años pasados en los que no podía ni imaginarse una traición semejante, aunque tampoco lo habría hecho entonces, de no haber sido por esa desconocida alta y empapada—, si ahora traspasaba la puerta de la entrada para arrojarse a otra, si se iba para querer a otra. Porque él no era tan buen actor, no era tan listo como para trasladarle un amor que ya no existía. Era ella la estúpida, la tonta, la inocente y confiada, y como justo castigo a su estupidez, obtenía ahora toda la cantidad de ese dolor que, en una ruptura normal, debería haberse repartido un poco mejor. Tan tonta era que no sólo se tragaba entero aquel sufrimiento, sino que en momentos aislados, en momentos imprecisos de esa larga noche, esa mañana y casi esa tarde, sentía accesos de nostalgia y pensaba cosas como aquélla. Que debía haber prestado más atención. Porque era el último de todos, y ya no tendría una segunda oportunidad para fijarse y llevárselo por siempre, quedarse con eso para regalar esa soledad que de repente se olvidaba de la infidelidad, como si se tratara de una muerte, de una desgracia que se lo arrancaba sin culpa ni motivo. Pero la infidelidad había existido. Era el todo, el hecho. Entonces se acordaba, y le daba asco haber añorado ese beso que se había perdido entre los miles de gestos cotidianos que antes llenaban su vida, que ahora tendrían que cambiar de algún modo, que ya habían cambiado mientras pasaba esas horas seguidas en la cama, con las mejillas humedecidas, pensando a ratos que quería recuperar ese beso y otros tantos, la mayoría, que quería no haberlo besado jamás.

Él lo había roto todo. Había roto su promesa de amor, su promesa de respeto. Porque en ese primer beso, en ese primer contacto, había establecido unas normas, unas normas de estar juntos o separarse, bien, de acuerdo, podía aceptar aquello, aunque ella nunca habría querido separarse. Pero no de llegar a eso, no de engañar, de humillar. Ahora mismo, tumbada mirando el techo, con la boca ardiente de una sed que no sabía cómo calmar, lo que más le dolía era eso. La humillación, su vida que de repente le parecía absurda, esa manera de dejarla en ridículo, engañada y amoratada. Podía echar de menos su anterior alegría, sí, esos momentos de sexo que ahora repudiaba, esos días amueblando el que ya no era un hogar, sino un sitio extraño, esos planes de tener un hijo, esa certeza de su embarazo, hacía tan poco tiempo, celebrando con una nueva intimidad eso que ahora abandonaba sin escrúpulos, eso que había nacido de ella y de un hombre que ya entonces estaba dispuesto a engañarla, quizás siempre lo había estado, pero no se había presentado la ocasión adecuada.

Echar de menos aquello se volvía algo complicado y casi irrealizable, porque no podía echar de menos algo que era una mentira, pues entonces, antes, cuando todavía le era fiel, ese hombre era de todos modos distinto a lo que ella pensaba, y ninguno de sus momentos podían

rescatarse, desde ese primer beso hasta aquel último que había olvidado, no, no podía añorarlo, no podía querer que volviese una vida en la que ella era una idiota inocente y él un sinvergüenza repugnante. Por eso lo que más le dolía era la humillación, la vergüenza, su cuerpo inflado de un plan de dos que uno abandonaba y su rígida postura en la cama, con las fotos rotas rodeándola, y ese otro cuerpo allá, con una mujer que no conocía pero que no era ella, hundiéndose directamente en el placer ahora que ya no tenía este otro, hundiéndose ya sin disimulo ni discreción, hacerlo sin más, vivirlo de una manera pública y firme.

La humillación, la vergüenza. En ello debió pensar también ésa cuyo nombre no podía olvidar, ésa que era una especie de amiga, aunque lo más probable era que no volviese a verla. Había hecho su labor, había ejecutado su deber, y después se había desvanecido de su vida para no volver a tomarla jamás, se había ido arrojándose a la lluvia, arrojándose a la oscuridad del pasillo, con su desgarbada altura y sus ojos inquietos, había desaparecido después de haber dinamitado su existencia, después de haber ejercido ese asesinato de su tranquilidad en defensa de un respeto común, del respeto a la esposa y embarazada ultrajada, a la casi madre que ahora dejaba que su hija pidiese agua, un poco de agua, y ella no era capaz de dársela, porque ese hogar que ya no era un hogar se resquebrajaba sobre su cabeza y estaba a punto de derrumbarse sobre ella.

Pasó allí sólo un día o quizás dos desde la gran discusión. Julia lo sabía, todos lo sabían. Después de ese estallido, él se había ido y ella se había quedado ahí muy poco tiempo, el justo para repasar esa otra vida que ahora la esperaba, el justo para decidir adónde se iba y cómo y cuál era la mejor forma de hacerlo. De repente, entre los desvaríos de su dolor, de la vergüenza que le ardía aún más que la sed y de esas escenas íntimas que la desgarraban, que venían a ella por el mero placer de inspirarle un punto de tristeza y otro de náusea, empezó a preguntarse cómo iba a hacer las maletas, qué se llevaría, cómo iba a poder cargarlas. Sí, ése fue su nuevo pensamiento, ésa fue su nueva obsesión, y durante gran parte de ese día o de esos dos días, cuando nadie más aparte de ellos tres y la salvadora sabían la noticia, ni siquiera esa casi-hija que ya estaba a punto de respirar, abandonó todo lo demás para desesperarse pensando en las maletas, en cómo las haría, en qué cantidad de ropa cogería —porque ahora era verano, pero también tendría que llevarse su ropa de invierno, que estaba guardada en la parte alta del armario y tendría que subirse a la escalera—. Dejó de pensar en todo lo demás y se centró en eso, en el horror de las maletas, y tanto tiempo le llevó decidirse que casi se podía afirmar que fueron dos días los que estuvo allí, en los que apenas comió ni bebió —porque finalmente tuvo que levantarse, al final de esa tarde—, evitando mirar las fotos rotas y evitando mirar también esa puerta a la que había llamado una desconocida mientras ése tan conocido amaba a otra a sus espaldas.

Estaba tan obcecada en el dilema de las maletas que no se le ocurrió llamar a nadie, que no se le ocurrió llamar a su hermano —con quien durmió la siguiente noche— ni a su cuñada, no se le ocurrió llamar a ninguna de sus amigas, ésas que habían esperado prudentemente el pistoletazo de los reproches para lanzarse sobre el cadáver de un marido que pronto dejaría de serlo, sumándose a los insultos que a ellas mismas les dolían, porque esa amiga suya y esa niña que ya casi nacía habían sido condenadas a mil sufrimientos por culpa de un pobre imbécil que besó a la casi-madre por primea vez hacía años.

No llamó a nadie, y se levantó para beber y engulló más de una botella. Lo hizo con tal ansia que el líquido rebasó sus labios y se mojó la barbilla y el cuello. Bebió y casi se bañó en ese

líquido limpio que le calmaba tanto la garganta, en ese primer alivio de su cuerpo roto y sus emociones destruidas, quizás ese único alivio. También debió comer algo, porque al ponerse de pie seguramente sintió un ligero mareo, sí, debió comer algo, cualquier cosa, lo primero que encontraba, con las propias manos y sin mirarlo, tragándose el alimento por una simple razón de subsistencia, sin importar ni su sabor ni su estado. Y mientras seguía pensando en las maletas, en las maletas que debía hacer y cómo hacerlas. Con las manos manchadas de comida, de algo frío recién sacado de la nevera, alimentando a su hija por la misma necesidad de hacerlo, sin percibir sabor ni textura, pensó en las maletas. Porque ya había pasado muchísimo tiempo desde la discusión, y algo innegable era que debía abandonar ese sitio, que tenía que irse para no volver. Si bien tenía cientos de dudas, interminables preguntas sobre la vida que ahora le esperaba, sí contaba con esa certeza. La de que debía irse, cerrar ese sitio y no volver a pisarlo. Mientras lo pensaba asentía con la cabeza, asentía en silencio mientras masticaba algo que se llevaba a la boca con las manos, con los dedos pringosos, comiendo algún alimento como habría engullido papel o arena, sin saber qué era y con la única sensación de algo frío en la lengua.

Tuvo que ser una escena muy especial, según pensaba Julia. Casi la podía ver allí, descalza y medio desnuda en el calor del verano, con el pelo enredado y la piel blanda de no dormir, los ojos enrojecidos de estar abiertos y llorando, la mandíbula respondiendo instintivamente a eso de masticar y tragar. Casi podía verla, con algo abierto y la tapa tirada a un lado de la encimera, puede que en el suelo, cogiendo lo que fuese con las manos y llevándoselo a los labios. La boca manchada, sucia, en un acto que cedía a los impulsos mismos, a lo más vago y natural de su cuerpo, de ese cuerpo deformado por la hija que le había pedido aquello, porque si fuese como era antes, si hubiese estado sola, no se habría permitido aquel capricho de beber y comer.

Pensaba en las maletas y asentía con la cabeza. En silencio, en el penetrante silencio de la casa, asentía para no perturbar con sus ruidos, con los de la conversación que podía tener sola o con su no-Lucía. Lo hacía en silencio, en medio de esa cocina luminosa que daba directamente a la calle. ¿Cómo las haría? La ropa de verano la podía coger fácilmente, pero la de invierno estaba muy alta.

Quizás intentó subirse a la escalera y estuvo a punto de resbalarse. Quizás ni siquiera lo probó por miedo a tener un accidente —ella era torpe, y sabía que era torpe, y no era el momento de poner en prueba su torpeza—, Julia creía que ni siquiera había pensado en serio subirse a la escalera para coger la ropa invierno, de hecho apenas cogió la de verano, apenas unas pocas camisetas y algunas sandalias, porque cuando llegó a casa de su hermano —ella misma fue hasta allí, llamó a un taxi y se presentó en su puerta, despeinada y sin dormir, con los dientes sucios— lo hizo con tan solo una pequeña bolsa de deporte, ni siquiera las maletas negras que tenían para los viajes, no, sólo una pequeña bolsa de deporte que antes del embarazo había utilizado para ir al gimnasio, con tan solo un poco de ropa dentro. Los vecinos debieron comprenderlo todo, cuando después de la discusión fue el hermano —en cualquier caso, ninguno de los que allí vivía— y su mujer los que entraron en la casa para coger las cosas, para vaciar el resto de pertenencias de esa mujer engañada y llevárselas en un par de viajes de coche, sólo su ropa y el ordenador y algunos libros, no quería nada más, no quería ningún recuerdo, no quería esa ropa de cama que siempre había identificado con el aroma de sus pasiones, de sus noches amándose, cuando amor era exactamente lo que más había faltado entre ellos, por la parte de él, al menos, ojalá ella pudiera decir lo mismo. Sí, todos debieron comprenderlo, cuando fue el hermano y su mujer los que

esquivaron los pedazos de las fotos tiradas para recoger sus cosas, porque ella se negaba a volver allí, y debieron comprenderlo por esa cara desencajada de la pareja, que hacía tan solo unas horas había conocido de golpe toda la verdad, la habían conocido de la boca de esa embarazada a punto de alumbrar a su niña, que apareció con el pelo enredado y sucio, con las raíces grasientas y los ojos rodeados de una neblina negra.

Ella no volvió, jamás pisó esa casa. Fue fiel a su promesa, fue consecuente con esa decisión que tomó entonces para el resto de su vida. Una decisión que podía y debía cumplir, porque ésta sí dependía sólo de ella. Por eso no volvió nunca, y nadie esperaba que lo hiciese, todos estaban seguros de que aquellas palabras iban en serio, de que estaba plenamente convencida.

Él sí lo hizo. Julia no lo sabía con certeza, nadie se lo había contado. Pero tuvo que ir, claro, tuvo que volver. Habría ido a por sus cosas, habría vaciado el piso una vez quisieron comprarlo. Era posible que se hubiera encontrado con el hermano de su esposa, casi ya exesposa, cuando fue a llevarse el resto de la ropa de esa mujer humillada, el ordenador y algunos de sus libros. Puede que se encontraran allá, y en tal caso ni siquiera se habrían dirigido la palabra. No, Julia lo conocía, lo conocía a él y un poco a la mujer, y a pesar de todo lo que justamente podían echarle en cara, a pesar de todo lo que estaban deseando gritarle e incluso hacerle, ellos dos se habrían callado y habrían hecho sólo lo que habían ido a hacer, porque de nada valdría gritarle a ese animal vulgar y primario, no habrían conseguido nada más que violentarse y desgarrarse la voz. En cualquier caso, no creía que se hubieran visto. No había oído nada al respecto, no le parecía verosímil, no, no encajaba con los hechos, porque le parecía que él no había vuelto a casa en bastante tiempo, algo así como una semana, que se había instalado con la otra, con esa Paula a la que ya llevaban viendo catorce años, y directamente no había vuelto hasta mucho después. Incluso fueron a comprarse ropa, porque él no tenía nada, sólo un móvil en el bolsillo y las llaves de un sitio que no quería pisar, no por el dolor que él no sentía, quizá por la incomodidad, por no querer verla a ella —él no sabía nada de ella—, por no querer que se rompiera nada más y aguantar el espectáculo de los gritos y los reproches. Esperó bastante tiempo, una semana o incluso unos pocos días más, porque no quería encontrarse con ella, no quería ver esa vida que había imaginado que llevaría, sola en la casa porque no estaba en situación de moverse a ningún sitio, comparando su embarazo con una especie de inutilidad, con una especie de enfermedad. Sí, a él se lo parecía, que era imposible que cortase con todo y se fuera de allí para no volver, con un embarazo tan avanzado, con todas sus cosas allí, esos cereales de fibra y cosas que utilizaba todos los días. Él no sabía nada de ella, nadie se lo había contado, por supuesto, pero imaginaba que seguiría allí, y que cuando volviese tendría que verla, a ella y el desfile de sus objetos que tendrían que separar y repartir.

Seguramente no pensó en nada más. Ni siquiera en la avaricia, en ese piso que también era suyo y que ella disfrutaba ahora. No, no pensó en ello, habría seguido pagando los recibos sin importarle, porque atolondrado en esa rápida sucesión de hechos, sólo echaba cuentas sobre qué necesitaba inmediatamente y qué se quedaba allí. El estado de su esposa, porque todavía era su esposa, le parecía un obstáculo insalvable, algo que no le permitiría moverse de ningún modo. Por eso aceptaba esa situación, y por eso habría pagado los recibos y habría aguantado a saber cuánto tiempo sin decidirse a una solución, a vender ambos o que ella le comprase su parte, deshacerse de ese lugar que ya no quería. Habría aguantado así, y lo habría hecho aunque Paula hubiese intercedido, no por bondad, claro, sino por la incomodidad de la cuestión. Por lo incómodo que

era empezar ese trámite, y lo incómodo que era hablar ahora con ella, con la mujer y casi madre, porque no quería oír más gritos, no quería que rompiese nada más, y estaba seguro de que lo haría si empezaba una conversación o si se presentaba en la casa. Eso era lo único que lo coartaba, y eso fue lo único que le hizo esperar durante una semana —quizá algo más— para ir a buscar su ropa, atenazado de miedo por la discusión, asustado y ridículo, temblando al abrir la puerta para encontrarla vacía y sola.

Julia quería pensar que había algo más. Que sentía culpabilidad, que lo evitaba por cierta culpabilidad. Pero no, eso no era cierto, y de hecho era imposible. Qué importaba la culpa si se sentía bien con su decisión, si se refugiaba como un cobarde en el piso de esa mujer de labios pintados para evitar ver esos otros secos y mustios de su mujer, todavía mujer, si aquella misma noche había mordido ese vientre liso y plano cuya dueña quería deformar tanto como el de la esposa engañada, y ahora, tanto tiempo después, dudaba ante la horrible certeza de haber superado los cuarenta.

Qué la unía a Nerea, más que un recuerdo cruel, por sus insatisfacciones y las insatisfacciones de esa niña que todavía era demasiado joven para darse cuenta, que recién nacida había recibido el abrazo de una abuela angustiada, que unas horas después de nacer —ni siquiera un día, aunque el parto había sido complicado y la habían sacado con un fórceps— se fue a un piso que estaba medio vacío, a una cuna que estaba junto a otra cama a la original —el hermano también fue a por la cuna, porque no iban a volver a comprar todo para evitar las huellas de ese cabrón—. Era un piso nuevo y pequeño, que ella iría decorando poco a poco, como había decorado el primero, con más amor y más cuidado, porque ahora era sólo para ellas, para ella y para esa hija, para ellas dos contra el resto del mundo, contra el resto de la vida, esa vida alocadamente impredecible y dolorosa que sin embargo ahora le daba eso, le daba esa niña a la que no llamaría Lucía, a la que ya le había susurrado su nuevo nombre, sí, ese alivio del agua con el que se había encharcado también la barbilla. Decoraría su nuevo piso poco a poco, pero ahora era eso lo que menos le preocupaba, por supuesto.

Sí, Nerea, con menos de un día de vida, fue a un piso pequeño y medio vacío, porque su madre no había querido quedarse más tiempo con su hermano. No sabían por qué, no entendían el motivo, y habían estado a punto de enfadarse un poco. Si no lo habían hecho quizás era por el respeto de la compasión, o por algo como la ignorancia hacia qué debía pensar y sentir esa mujer en esos momentos. En cualquier caso, ella no había querido quedarse en su casa, sino que quería estar a solas con su hija, estar ella sola con esa jovencísima Nerea, pues ya que no podía estarlo con su familia, o bien con eso que ella había imaginado que iba a ser su familia, decidía que ambas vivieran solas, desde el mismo comienzo de su vida, desde el primer momento en el que respiraba y salía del hospital, ellas dos frente a todo lo demás. Lo había decidido con la misma firmeza con la que había decidido no volver a pisar esa otra casa, y efectivamente no volvió, ni siquiera se molestó en saber quién la compraba. Lo cierto es que eso le daba igual, o más bien le inspiraba un dolor tan profundo, tan punzante, que no quería dedicar un solo instante a pensar en ello, quería vivir como si no existiera, como si jamás lo hubiese hecho, devorando las horas del día con esa niña ya a su lado, esa pequeña bola rosa y con unos pocos pelos oscuros, lanzándose a los días con la cabeza repleta de ocupaciones, dejando que esa joven, jovencísima Nerea ocupase el total de su tiempo y entregándosele feliz, agotada pero feliz, por ese alivio como cuando al fin había bebido el litro de agua, por ese amor limpio que no podía defraudarla, que era suyo,

fabricado y formado por ella, de su sangre y de su carne, de sus gestos y sus manías, sí, enteramente suyo. Ahora tenía su felicidad, esa niña sana que había sobrevivido a aquel primer impulso, cuando fue consciente de lo que le habían contado durante una tormenta de verano. La examinaba frenéticamente, la forma de sus piernas y los movimientos de sus brazos, y algo mientras lo hacía, algo que vibraba y ronroneaba, le recordaba inevitablemente el motivo de aquella preocupación.

Cortó con la familia del infiel. Julia lo sabía, ella también lo había vivido, aunque fuese sólo una adolescente. La desaparición de la tía, de la ya madre. Julia, siendo tan solo una niña un poco mayor, sin el encanto de la infancia despuntada que todavía poseía Nerea, pero con ese halo de la muchacha virgen a la que acudían las novelas antiguas, vivió la desaparición de la tía, y no comprendía que esa separación tuviera que ser tan radical. Lógicamente no tendría ganas de estar con ellos como lo hacía antes, de continuar la relación con una familia que ahora debía recibir a la otra, a esa Paula cuyo nombre no conocía ni quería conocer, a esos labios rojos que pedía copas en los bares durante los sábados por la noche, algunas de las cuales le había pagado su marido, ya prácticamente exmarido. Pero desapareció del todo, no volvió a pisar la casa de la abuela, no volvió a visitar a la abuela. Esa abuela que se había ahogado caminando hacia el hospital, cuando Nerea —que entonces no era Nerea, o quizás sí, nadie lo había preguntado— abrió en dos a su madre ya rota y aspiraba el primer aroma de la vida. Esa abuela que la había abrazado queriendo transmitirle una desinteresada bondad que creía demasiado exigente incluso para una hija, esa bondad desinteresada en la que le pedía que no odiase a su padre, que cuando fuese mayor y pudiera pensar por sí misma, haciendo un recuento de las acciones de sus dos padres y el motivo que había trastocado tanto su nacimiento, perdonase y amase. Esa abuela triste, temblorosa y cansada, que había abrazado a la niña bajo la fría mirada de la madre, no había recibido a la niña en su casa, no había preparado tardes con ella, no le había comprado juguetes para que tuviera en esa habitación destinada a los niños, donde todos los que iban naciendo en la familia se escapaban para jugar mientras los demás continuaban sus sobremesas. No la recibió, no pudo agasajarla con todo lo que guardaba para ella, porque la madre jamás la llevó a su casa, jamás la llevó a casa de ningún familiar del infiel. Tenían que ir a verla a la suya, a ese piso medio vacío y nuevo y pequeño, o incluso a la casa del hermano y la cuñada, los recién tíos, porque habiendo cumplido su capricho de vivir solas y juntas desde el principio, pasaba tardes e incluso días enteros junto aquellos que habían recogido toda su ropa, el ordenador y algunos libros. Así fue la madre de Julia con la Julia de entonces, esa adolescente que ya sentía grima ante el nuevo amorío de su tío, con la madre y la abuela de Jorge, el cumpleaños, que entonces ni siquiera existía, las nuevas tías de esa Nerea recién nacida y sus primas, unas personas a las que conocería, sí, cuyos nombres sabría perfectamente y las formas de sus caras, pero con las que jamás tendría una relación familiar, una relación de verdad, a las que no podría llegar a conocer y que no podrían ser sus amigas. Así esas primas, Julia y su prima mayor, y esas dos tías, llamaron al piso medio vacío para conocer a la niña, con la abuela fatigada esperando en casa, porque ya estaba enferma y los últimos acontecimientos —y quizás el gélido tacto de esa mirada mientras abrazaba a su nueva nieta— la habían dejado sin fuerzas. Fueron ellas cuatro, las cuatro mujeres de la familia menos la abuela, cogidas del brazo las dos hermanas, las niñas delante, sin saber muy bien qué esperar de esa visita, porque conocer a su prima les parecía algo hermoso, pero hacerlo en esas circunstancias les parecía también algo horrible.

Llamaron a la puerta sintiéndose un poco culpables, como si el mismo azar que les había colocado a ese imbécil como hermano o como tío las volviese a ellas menos apreciables, personas un poco defectuosas, al menos a los ojos de ésa que acababa de ser madre, de ésa que había recibido el mayor golpe de su vida con el cuerpo deformado para criar a la que ahora iban a conocer. Sí, llamaron con cierta culpabilidad y cierto ardor en las mejillas, sin saber qué esperar de ella, porque aunque no mereciesen nada malo ni grosero, estaban preparadas para permitirle cualquier cosa a esa mujer ultrajada, a esa mujer a la que defendían y a la que consentirían si fuese necesario por el cuidado de su dolor común, ese dolor de una que se traducía a otras, esos cuernos comunitarios, que todas cargaban con una misma vergüenza, en esa defensa del sexo propio, en ese amor común, en ese no-mito de la ayuda mutua y en contra de las que alimentaban el sí-mito de las enemigas.

De ese modo llamaron. Fue la actual abuela de Jorge, la mayor de todas, asumiendo el deber de una labor de la edad, de una iniciativa casi matriarcal— Alzó la mano y timbró para recibir ese aliento un poco molesto, un poco agudo de más, un poco chirriante, como si aquel timbre tuviese demasiados años y hubiera que cambiarlo. Abrió entonces la madre, la nueva madre, la recién madre, plegando los labios por poner una expresión, porque no tenía ganas de sonreírles pero tampoco podía no hacerlo, en una mueca extraña y no definida, haciéndose a un lado para que entrasen y vieses a esa niña que no se llamaba Lucía. Fue especialmente tenso entonces, Julia lo recordaba perfectamente, cuando todas se alzaron nerviosas sobre la cuna que había puesto en medio del salón —un pequeño salón algo vacío—, y la madre recordó, alarmada, algo que había olvidado, y que soltó atropelladamente y con un acento nervioso, porque de repente le entró un terrible pánico a que llamasen a su hija por un nombre que no llevaba, a que se lo dijeran a esa cosa pequeña y débil y desamparada que era sólo suya. Gritó que era Nerea, como un “Aquí está Nerea”, o “Ved a Nerea”, o una cosa parecida. Y Julia, que todavía era torpe en su adolescencia, miró a su madre preguntándose qué significaba eso, la miró con la misma alarma que tenían los ojos de esa mujer que abandonaría para siempre la familia, porque estaba pasando algo que no comprendía y tenía miedo de que fuese grave, ya enredada en una situación tensa y desagradable que no le gustaba. Pero las otras, las dos nuevas tías y la prima mayor, lo entendieron al instante. Lo entendieron enseguida, y con la misma desenvoltura que si hubiese dicho ese nombre que ellas creían que tenía, lo repitieron mientras le hacían carantoñas al bebé, mientras le acariciaban la cara y decían lo bonita que era, en una delicadeza suave y ágil que poseían por mismo hecho de ser mujeres, de ser ésas que aceptaban la carga de los cuernos y su parte de vergüenza en una lucha común, en un dolor y una empatía comunes.

Se tragaron aquel Nerea como se tragaban una pastilla, y dejaron que penetrase en su sangre con la misma facilidad de haberlo engullido, asumiéndolo ya como un hecho incuestionable cuando su madre acababa de pronunciarlo, esa Nerea que siempre sería Nerea, que casi les parecía, sólo casi, que siempre lo había sido. Que ya lo podían adivinar antes, mucho antes incluso que la infidelidad, antes del embarazo, antes de la boda y del mismo noviazgo. Antes de ese maldito beso en el que había hecho mil promesas que luego no le habían importado, antes de todas las escenas íntimas que ahora repudiaba y no podía odiar del todo, porque maldito el momento en el que se había enamorado y esos instantes le parecían los más felices de su vida, y maldito el momento en el que le había pagado una copa a otra mujer y ahora los vivía con ella. Porque entre el dolor y el asco, entre el arrepentimiento y la humillación, los celos la mordían y la desgarraban como la había desgarrado esa imagen de la mujer alta y empapada, pensando en todos

los gestos que antes recibía sólo ella, que había pensado recibir siempre sólo ella, y que ahora se dedicaban a otra que no sabía cómo era ni quería saberlo.

La niña se llamaba Nerea. Esa niña que ahora dejaba las manos en sus piernas cruzadas, nada más terminar de comer y esperando que llegase la tarta, la tarta de cumpleaños, la de galletas y chocolate y merengue que tan bien le salía a la abuela. La tarta que ella cocinaba perfecta y única, aunque sus hijas protestaban para que dejase la cocina y fuese a sentarse. Ésta era la primera vez que no la hacía ella, y todos fingirían que no se daban cuenta, que no lo pensaban siquiera, aunque fuese una sensación extendida por toda la mesa, una sensación compartida y que se evocaba desde el mismo dibujo de ese florero repleto de flores, ese florero de agua llena de partículas vegetales extraídas directamente de los tallos cortados, de las hojas arrancadas, de la esencia de esos claveles o camelias o cualquier otra especie, fuesen lo que fueran.

Se llamaba Nerea, ésa que ahora aún se debatía entre la infancia y la madurez, ésa que era niña y chica a un tiempo, que quizás jugase con sus muñecas y quizás le gustase algún niño de su clase, en un paréntesis raro y complejo que Julia no añoraba, que Julia casi despreciaba. Allí estaba, tranquila, porque siendo el centro de esa desgracia, el producto y consecuencia de una mala decisión —lo era, por cruel que fuera decirlo, era una mala decisión de una mujer enamorada de quien no la merecía—, no era consciente, sí, ella misma, el centro de la desgracia, el nacimiento trastocado y lleno de sentimientos oscuros, de tristezas cuando la familia iba a conocerla y cuando la madre la expulsaba de su cuerpo, cuando se la arrebataban con un fórceps que podía dañarla, mientras el padre, ése que también le había dado sangre y carne, seguía estudiando esos nuevos miembros delgados y firmes de su novia, la que ya era novia. No, Nerea no era consciente, Nerea había nacido así, había nacido con dos padres que se odiaban, con la frialdad del piso pequeño y nuevo esperándola para luchar contra el mundo, así lo veía su madre, cuando la cargaba rodeada de mantas en pleno agosto, un piso desde el que lucharían contra el mundo. No conocía otra cosa, no conocía una vida en la que sus padres se habían querido y respetado por un segundo, no conocía una realidad en la que su madre no le advertía para que diese su primer beso sin cerrar del todo los ojos, en la que su madre no arrastraba los sentimientos marchitos de un dolor que todavía sentía, que le perforaba ese corazón que había ido curando poco a poco, juntando sus pedazos con el amor de la hija, con la decisión de no acercarse más a los hombres, de no querer ningún nuevo romance. Esa decisión que tomó con la misma firmeza con la que había decidido no pisar su antigua casa y vivir sola con su hija. Una decisión que, para asombro de todos, seguía durando ahora, seguía vigente y respetada hasta ese día de cumpleaños.

La niña no era consciente, y Julia repasaba las tristezas que la habían rodeado desde el primer instante que respiraba sin poder comprender que ella no las viese, que fuera capaz de juntar las manos sobre sus piernas cruzadas con esa sonrisa llena de alambres, esa sonrisa tranquila, dulce por su mitad de niña y sobria por su mitad de adulta, en el rubor un tanto níveo de su virginidad temprana, de su corazón sin romper a pesar de ver las cenizas del de su madre, de haber sentido su exacto estallido cuando todavía estaba dentro de ella, ya arañando el mundo pero aún en su seno, algo que debió sonar de una manera más que estridente, que debió despertarla de la suave vigilia en la que se guarecían los fetos, caliente y nutrida, perdonando ante la fiereza de esos cristales la sed que habría de pasar durante todo el día siguiente.

La niña no era consciente, esa niña llamada Nerea. La Nerea que ahora esperaba a que

llegase la tarta, sin poder recordar nada de esa visita de sus tías y sus primas, aquéllas que no significaban demasiado para ella porque no habían podido conocerse. No, no recordaba esa visita en la que habían conocido su nombre y la habían visto por primera vez. Esa visita de cuatro mujeres que peregrinaban hacia ella, en un piso que no conocían, esas cuatro mujeres que caminaban para encontrarse con otras dos. No la recordaba, prácticamente no la había vivido, y Julia no comprendía que no le hubiese quedado siquiera una vaga sensación, algo sombrío y como soñado, porque era imposible que a pesar de ser una recién nacida no hubiera notado la impresión de esos sentimientos condensados en un salón tan pequeño, la vergüenza y culpabilidad y amistad de ellas cuatro, el ensordecedor dolor de la esposa que seguía siendo esposa, aunque quedase muy poco tiempo.

No recordaba esa visita, pero tampoco ninguna de las siguientes. Porque habían sido cuatro en total, tres veces en su piso medio vacío y otra en la casa del tío, ese tío que sí significaba algo para ella porque formaba parte de la familia, la familia real, la familia materna. Fue ése el final de las visitas, el final del intento por conocer y querer a Nerea y que ella también las quisiera. Porque cuando la madre las mandó directamente a esa casa, a la que constituía ahora toda su familia, su única familia, se sintieron tan incómodas que no quisieron repetirlo. Fue muy incómodo, sí, incluso Julia lo había notado, a pesar de su ignorante adolescencia. No fue culpa del hermano, no fue por su actitud ni la de la cuñada, que eran sencillamente cordiales —su cordialidad habría soportado ver al infiel cuando fueron a recoger la ropa, aunque Julia creía que eso no había pasado—. Fue por la situación en sí, por el hecho de que la otra familia se metiera allí para poder ver a la niña, porque el padre no reclamaba su compañía. El padre no la pedía para establecer un tiempo fijo de relaciones con ellas, con las otras tías y las primas y la abuela. Era su deber, claro, era deber del padre, y el deber de ellas era aprovechar esos momentos de estancia paterna para quererla y que las quisiera, para conocerla y que las conociese a ellas. Pero él no lo hacía, se desentendía, la veía poco y casi nada, con la excusa del bebé que necesita estar todo el tiempo con su madre. No cumplía con su parte, y ellas acudían a la benevolencia de la madre, a un permiso en virtud de una relación pasada y una educación actual —quizás un frío sentido de la moralidad que en cualquier caso no quería respetar—, y tomaban esas citas para hacer lo que debían hacer mediante el padre. Por eso se sintieron incómodas, por eso se sintieron fuera de lugar cogiendo y abrazando a la niña en la casa de la otra familia, bajo la atenta mirada de la madre que ya no quería una relación con ellas, bajo la presión de concederle todo aquello en virtud de un sufrimiento que querían y compartían con ella, aunque ella no lo supiese, aunque ella no lo consintiese.

Fue el final de las visitas, de aquel intento por mantenerse al margen de la bochornosa actitud del padre y poder constituirse como amigas de esa mujer humillada y, sobre todo, como familia directa e íntima de aquélla que se llamaba Nerea. Pero llegó de esa manera, en octubre — Julia creía que había sido en octubre, espaciaban las visitas por esa misma sensación de no agobiar a la madre que ya no quería saber nada de ellas—, el final de una buena intención que sólo se quedó en eso, de algo que Nerea nunca conocería, que no sabría, porque no lo recordaba y ellas no querían contarle. Contarlo suponía contar otras muchas cosas o darlas por entendidas, y nadie quería repetir, aunque fuese de manera secundaria y muda, todo lo que había sucedido, toda la triste historia que inspiraba hablar de su nacimiento, el dolor de su madre y el dolor de ellas mismas, el dolor inmenso y ensangrentado de una abuela que ya no estaba, que había cambiado su pequeña cabeza por un enorme jarrón que ocupaba su sitio entero. Les habría gustado decírselo,

les habría gustado tener la forma de convencerla de que debía quererlas, no quererlas como lo hacía, porque eran familia, sino porque de verdad había algo que las unía, porque lo sentía en realidad. Y si bien eso no podía hacerlo de una manera natural, porque no lo había vivido, que fuese de una manera artificiosa. Que obligase a sus sentimientos a experimentar aquello, que lo forzase todas las veces que fuesen necesarias hasta que ya se convirtiese en una costumbre, en algo normal y habitual en ella, un cariño que existía sin más y mantenía fiel aunque hubiese tenido que fabricarlo con sus propias manos. Un cariño por respeto a ese intento fallido que no podía salir bien de ningún modo, a esas visitas que habían emprendido juntas para que pudiese quererlas, porque ansiaban el cariño de esa nueva niña de la familia, lo deseaban aunque ya entonces supiesen que no iba a ser posible.

Nerea debía conocer aquello. Debía saber que, en la inconsciencia de sus primeros días, había protagonizado las angustias de esa familia que también era la suya. Y debía hacer un esfuerzo a cambio, darles algo que, si no sentía por sí misma, no se debía a la falta de interés de esas cuatro mujeres —cinco con la abuela—. Pero, ¿cómo decírselo? ¿Cómo interpelar a esa niña explicándole algo de lo que no era consciente, y cómo hacerlo sin que, indirectamente, se nombrase eso que no querían nombrar, aún en el silencio? Y cómo conseguir que lo hiciera, que las quisiera más, que se molestase, sólo por su palabra, en fabricar ese amor manufacturado para mantenerlo fielmente a lo largo de su vida, el resto de la vida de esas otras mujeres mayores que ella, de esas tías y esas primas y esa abuela que, por desgracia, ya no podía recibir más cariño, porque ahora era un jarrón lleno de flores.

Trajeron la tarta. Y Nerea, ajena a todo eso, ajena a todos esos sentimientos y esas preguntas y esos deseos que se arremolinaban alrededor de su cuerpo de medio niña y medio mujer, levantó las manos de las piernas para colocarlas en la mesa, para recibir satisfecha esa tarta que acababan de traer con sus correspondientes velas, con sus siete velas. Las levantó y Julia siguió su trayectoria como si siguiera el abandono de esa intención, de esa idea que casi había decidido a pesar de sus complicaciones, a pesar de sus peligros y espinas. Las siguió con los mismos ojos atentos que habían revisado ese abrazo de una abuela destrozada, las siguió con los mismos ojos de la madre que se fijaba en el techo para evitar hacer más movimientos bruscos, quieta y hablando a su hija innombrada, a su hija medio abandonada, pero por eso mismo suya y sólo suya. Y en esa misma mirada que recorría aquellas manos vírgenes, pálidas e incluso completamente blancas, atrapó la también la imagen de esas cuatro mujeres que iban a visitarla, las cuatro mujeres que llamaban a la puerta cargando su parte de sufrimiento y un pedazo más en esa historia, la imagen de ellas cuatro y esa madre humillada y dolorida, la imagen de esa abuela cuya alma había quedado condensada en un jarrón con flores, la imagen de esa otra que se desmarcaba del apoyo común para alzarse como enemiga de una hermana, de una integrante de su sexo. Sí, Julia, mientras Nerea alzaba sus manos, atrapó a todas esas mujeres en una misma sensación, en una misma expresión de sus distintos colores y esos brillos que se fundían en los ojos que ahora se movían, los ojos inertes de la abuela adorada, de las dos tías y las dos primas que llamaban a la puerta de un piso medio vacío, de la niña que empezaba a ser mujer y no había conocido su mundo antes de la desgracia, de la compañera de trabajo que había permitido, con una sonrisa de sus labios rojos, que le pagasen una copa cierto sábado por la noche, un sábado de verano, un sábado de agosto. Y en ese mismo instante, en esa misma sensación en la que aspiraba las esencias de esas mujeres, las mujeres de su familia, las mujeres de su vida, Jorge cogió aire y sopló las siete velas de su tarta. Las sopló en un solo impulso, y las siete se apagaron, recibiendo

los destellos de las fotografías, dejando que esa llama se desvaneciese en el primer cumpleaños que pasaban sin la abuela, con un jarrón que coronaba la mesa.